



IMPLOSIÓN

Apuntes sobre la cuestión
social en la precariedad

Leandro Barttolotta

Ignacio Gago







IMPLOSIÓN

Apuntes sobre la cuestión
social en la precariedad



Implosión

Apuntes sobre la cuestión social
en la precariedad

Leandro Barttolotta
Ignacio Gago



Barttolotta, Leandro ; Gago, Ignacio
Implosión / Apuntes sobre la cuestión social en la precariedad. -
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2023.
120 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-631-6507-06-8

1. Sociología. 2. Política.

CDD 306.2

Corrección: Elina Kohen y Gretel Schroeder

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas



© 2023, de la edición Tinta Limón

© 2023, de los textos Leandro Barttolotta, Ignacio Gago

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Palabras previas	9
Axiomas sobre implosión social	15
Guerra y precariedad	33
1. Una imagen de la ligazón entre guerra y precariedad: el <i>engorramiento</i>	36
2. Economía y precariedad: el ajuste de guerra	43
3. Guerra <i>en</i> y <i>contra</i> la precariedad	46
4. Las guerras del interior	48
5. Cansancio y disputas por la tranquilidad anímica	52
Movimientos aberrantes, precariedad y fuerzas silvestres	
Entrevista a David Lapoujade	57
La carga viral de la precariedad	73
Eso que suena es la sociedad implosionando	83
Cartografía en dos instituciones implosionadas	89
1. Escuelas	90
2. Salud/Consumos problemáticos	100
El mapa y el territorio	102
Verbos de Estado	107
Muertes por implosión	110



Palabras previas

Leandro Barttolotta e Ignacio Gago son parte del Colectivo Juguetes Perdidos, son sociólogos e investigadores, también docentes. En este libro se reúnen textos que marcan la secuencia de un trabajo de más de una década, donde esa trayectoria combinada de su hacer investigativo y su práctica política toma forma de hipótesis, análisis y mapas.

Lo que sobresale es que para entrar a su indagación sobre “la cuestión social” –un tema clásico de la sociología y que está en el subtítulo de este libro–, hay que sumergirse en un lenguaje de combate. Aquí se pelea contra la cuestión social entendida como “lo social” a comprender para administrar, lo social como lo tumultuoso a contener, lo social como conjunto de consecuencias imprevisibles pero inevitables de un modelo de socialización y trabajo que produce sus márgenes y descontentos.

La “cuestión social”, como lo refiere la historiadora argentina Hilda Sábato, fue un concepto acuñado desde arriba: expresa la preocupación de las clases dirigentes (élites, intelectuales, planificadores). Es su modo de formular un *problema* de razón estatal. En la historia argentina, la cuestión social –argumenta Sábato– nace como el nombre oblicuo para hablar de las influencias del anarquismo en la clase trabajadora, para advertir de los ecos de la Comuna de París en estas orillas. En *Implosión*, en cambio, estamos en la historia argentina del

presente, en un análisis en tiempo real de nuestra contemporaneidad. La cuestión social aquí es leída “desde abajo”, por eso muchas veces la noción de *lo social* pasa a denominarse “fuerza”, “mayorías populares”, “vidas precarizadas y cansadas”, “estados anímicos”. La cuestión social desacoplada de su inyectiva de orden pierde lo social como malla contenedora, como resto prolijamente separado de lo económico, lo político y lo libidinal.

La práctica de la investigación y de la escritura entonces se ubica en otro lugar: no la de quien describe para hacer inteligible lo opaco, para dar claves de lo que no se acomoda a la norma pero sobrevive. Por el contrario, se ubica donde lo opaco es una fuerza de combate, es racionalidad pujante, es vitalidad turbia. Desde ahí, el lenguaje de los investigadores requiere de torsiones, de inventarse categorías, de producir una red de nociones propias capaz de captar lo que, en términos filosóficos, emparentan con los “movimientos aberrantes” de David Lapoujade. Es decir, con cierto régimen de lo imperceptible para las categorías del derecho, de la intervención social y de la política a secas. La cuestión social, desprovista de esas coordenadas, requiere de otra gramática, necesita otro tiempo de observación, otras formas de proximidad y unas apuestas distintas a la hora de la narración.

Los textos que se presentan aquí son de distinto tipo. Primero, un conjunto de axiomas sobre la figura clave: la *implosión*. Contrapunteada, definida por un juego de oposiciones y sombras, emerge una geometría que es a la vez territorial, subjetiva

e histórica. La implosión nos permite entender formas actuales de los vínculos, de las violencias que los constituyen pero también de sus derivas estratégicas, de sus superficies cotidianas. La precariedad es el fondo, o la condición de posibilidad, de esa implosión. Pero esta categoría también es sacudida de su status atrapa-todo para devenir fenomenología concreta de gestos, tonalidades y riesgos.

Un segundo bloque de textos está dedicado a un pasaje: de la cuestión social a la guerra. Retomando trabajos anteriores, donde la economía del ajuste es retratada en su dimensión propietaria, anímica y corporal, se hace evidente cómo la cuestión de lo social es un campo de batalla, una pelea diaria, un modo de entrenar y agotar las fuerzas.

En tercer lugar, la entrevista con el filósofo ya citado, David Lapoujade, muestra el modo de relación con las bibliografías a las que apuestan Barttolotta y Gago: conversacionales, de tanteo y uso desigual y combinado. Los filamentos de su conversación muestran de modo concreto un esfuerzo por hacer que las nociones –como imágenes del pensamiento– colaboren entre sí. ¿Qué de “silvestre” tiene lo “aberrante”? ¿Qué de “metamorfosis” tiene una “vida herida”?

El texto que sigue fue escrito en pandemia, donde la “carga viral de la precariedad” que los autores ya venían describiendo salta de escala y lo viral mismo se vuelve lenguaje de guerra. Pero es también una teoría de la escucha sobre lo que acontece: ya no el rumor, sino el susurro. En un intercambio a bajo volumen que puede adivinarse con otro clásico

de la sociología argentina –la teoría de la bamba de Emilio De Ípola–, Barttolotta y Gago detallan una teoría de la circulación y de la traducción de los malestares, de sus fórmulas indefinidas pero también cargadas de información.

“Eso que suena es la sociedad implosionando”, el anteúltimo ensayo, es el más reciente y, de nuevo, sonoro. Donde las categorías antes puestas a prueba toman velocidad, bordean la coyuntura agitada de un año de crisis económica y política, para discutir con la pregunta que una y otra vez parece repetirse en los análisis profesionales y caseros: “¿Por qué no estalla?”.

La imagen de la implosión –un estallido hacia adentro, muchos estallidos en estratos distintos– es capaz de dar cuenta de una guerra molecular por el día a día, por rebuscar la existencia, y –de nuevo– una fenomenología de comportamientos concretos, de sentimientos acumulados, de dramas no contabilizados.

El texto de cierre son verbos que salen a la luz en experiencias de trabajo con instituciones educativas y de contención para los consumos problemáticos. Barttolotta y Gago aquí son también trabajadores de programas estatales que no automatizan su tarea. Registro y reflexión como una carta a otrxs trabajadorxs sociales, educadorxs e investigadorxs de lo social ya no tratado como cuestión, sino como superficie compartida y vivida.

Como rasgo transversal, encontramos aquí un teoría abierta, inconclusa, que desplaza las grillas de la cuestión social pero también de la

“descomposición social”, que es un marco que la ha reemplazado (con todas sus ramificaciones: desafiliación, desintegración, desciudadanización, etc.). Hay en *Implosión* un conjunto organizado de apuntes sin nostalgia de un pasado, ni (idealmente) pacificado, ni (idealmente) movilizado. Hay en estas páginas una fenomenología que no se limita a las periferias argentinas, sino un ensayo general de economía libidinal.

Tinta Limón Ediciones



Axiomas sobre implosión social

En este capítulo compartimos fragmentos, notas, apuntes de una investigación en curso sobre lo social implosionado. Nos parece que este modo fragmentario y 'punteado' es lo que reclama la fuerza que se pretende investigar. Pareciera que no admite nada muy cerrado y conclusivo. Estas ideas, en estado de ensayo (aunque, en algunas ocasiones, suenen rotundas no dejan de ser hipótesis y aproximaciones) son producto de cartografías que tratan de pensar las mutaciones de la sociedad argentina (especialmente sus mayorías populares) durante los últimos quince años; las formas de vida, los lenguajes, las novedosas disputas y jerarquías sociales, etc. Son apuntes de lo que parece huir y ser confuso en sus causas, pero bien concreto, fijo, reiterado en el tiempo en sus efectos. Se trata de, más que presentar enunciados políticos lúcidos, mostrar algunas ideas y conceptos que intentan hacer ver fuerzas que si se las pone en serie y se evita que sean devoradas por el régimen de obvedad, expresan la cuestión social actual e intentan esbozar una genealogía de la precariedad.

No hay mucho espacio político para traducciones simples (consignas o eslóganes) de estos pensamientos sueltos sobre lo social implosionado y de las variaciones que van apareciendo en el texto, a veces en continuidad, en tensión

o en abierta contradicción. Pensamos que demorarse en investigar lo social implosionando es un modo de adentrarse en lo que segundos después puede ser una escena politizable. Algo similar intentamos hace unos años atrás con uno de los conceptos fundantes de nuestra investigación: el engorramiento. Ponerse la gorra, engorrarse, máquina de gorra, liturgia gorruda, etc. Distintas palabras para intentar acercarse a un mismo quilombo. Y de cada palabra a otra, en cada salto, a veces imperceptible, un posible concepto que se bifurca y empieza, solo, a querer decir otra cosa. Entonces se anexa, se añade sin querer otra porción de mundo social a investigar. ¿Por qué la palabra axioma? Un axioma es una premisa, un enunciado del que se parte, pero que no requiere ser demostrado. En el libro este capítulo cumple esa función: cada texto, cada escena, abre lo que acá se presenta como un enunciado axiomático. Una cita leída en Wikipedia: “Para Descartes, como para Spinoza, un axioma es una proposición de la cual nuestro entendimiento tiene una versión clara e inconfundible y que no es necesario demostrar”. Parafraseándola podemos decir que para nosotros implosión (y la lógica demostrativa que se desprende: precariedad como suelo, lo social implosionando) son proposiciones que cualquier forma de vida contemporánea conoce, siente, vive de manera clara (y trágica).

Los estallidos liberan una energía reconocible hacia afuera y arriba; son siempre contra algo, un antagonismo de ocasión. Las implosiones se cargan de energías difusas, inéditas, opacas y cansan; las tiene que sostener el cuerpo y las vidas que las habitan con la precariedad de fondo.

*

Se viene o no un estallido que, no obstante, siempre tiene *algo* (o así suele pensarse de manera retroactiva) de predecible (“no sé aguantaba más, por eso...”) las implosiones no se vienen: se *viven*, sin alerta roja, están siendo, en un proceso inmanente y, por ende, difícil de percibir, de leer, de inscribir en un fin Político. La filosofía política suele diferenciar entre acontecimiento y proceso, acontecimiento y estructura, etc.; el estallido como acontecimiento puede venir con un catálogo de enunciados políticos y un registro inmediato: causas del suceso, efectuación y/o contraefectuación, sujetos que luchan. Las imágenes serían: protestas ruidosas, manifestaciones masivas, represión en la calle, toma de Palacio, eslóganes que van expresando demandas, etc. La implosión como proceso, en cambio, nos desafía a *ver* en clave de fuerzas más que en sujetos; a su vez, más en términos de química social (combinaciones, combustiones...) que de física social (cuerpos, choques, bloques, masas). Cada modo implica maneras distintas de sentir, comprender e intervenir políticamente sobre lo social.

*

Los estallidos suelen ser intensidades ardientes. No se pueden sostener mucho encima de los cuerpos y se lanzan al aire como fuegos artificiales. Las implosiones son intensidades frías (Lyotard). Fuego frío que quema y no necesita nada exterior para combustionar. Parafraseando a Godard: la implosión es como el incendio, nace, crece y se alimenta de aquello mismo que quema y destruye. Que el viejo árbol de los estallidos no tape el oscuro bosque en el que miles de implosiones están flameando de manera incontrolable. Lo *social implosionado* es cada vez más opaco, turbio, amoral, mientras que ciertas agendas Políticas se vuelven transparentes, blancas y lejanas.

*

El estallido abre algún tipo de escenario Político (o, al menos, lo altera, lo mueve: frente al estallido posible, anticipación gubernamental o atención militante); la implosión tiende a cerrarlo: lo clausura por densificación, anula posibles por desborde y saturación (propias de la precariedad de fondo). Por eso el afecto político (o la tonalidad afectiva) de la implosión es más el cansancio que la euforia; la realidad aplastante más que la expectativa de su transformación. Capas de cansancio por densificación de lo social que se sobrecarga de vectores veloces, propios de la precariedad. Desprivatizar la tristeza o la alegría, reconocer aperturas o derrotas, detectar cooptación, contraefectuación del estallido, etc., son todos enunciados impotentes para pensar la implosión.

*

Un silencio vacío, que baja el umbral sonoro, es el de un estallido posible antes de acontecer. Un silencio cargado, repleto, saturado, pero que vibra bajo la barrera de sonido reconocible por la Política, es aquel de una implosión que *siempre ya* está en curso. Un conflicto que se traga a sí mismo, de manera permanente.

Una política de la escucha para los susurros y murmullos. Una cartografía meticulosa y subterránea es el desafío de una sociología política de las implosiones. La percepción que se pone en juego en las implosiones es profundamente política, aún si no habla el lenguaje de la Política. Lo es en cuanto le da existencia a lo minoritario, que no es lo micro, lo minúsculo, lo pequeño e insignificante. Tampoco es aquello que no tiene representación. Las implosiones permiten pensar de manera profundamente política todo lo que no suele entenderse como portador de una pulsión política (y entonces no es digno de representarse, de tener existencia y consistencia pública. O que solo la adquiere de manera victimizante o subordinada).

La tarea de la sociología política de la implosión es la de legitimar, testificar, darle existencia y dignidad a los “silenciosos” dramas populares. Prestar atención, como sostiene Bourdieu, a los diferentes niveles de *sufrimiento social*, algunos más visibles que otros. Y a todo lo que pueden engendrar. Una

teoría de la implosión es también una superficie conceptual posible para revelar e inscribir dramas sociales, como si de un proceso químico se tratase; darles entidad, tiempo, ver las formas y colores que van adquiriendo, las tonalidades que se imponen.

Se hace ingresar, de esta manera, toda una política de la reparación posible de las y los heridos de las implosiones (y entonces, de la precariedad). Una política muy distinta a la reparatoria de las bajas de los estallidos. Pero no se trata de dicotomías fáciles o falsos binarismos: incluso si el acontecimiento-estallido deviene implosión en sus efectos, las políticas reparatorias son distintas de acuerdo a cada fase o umbral. Hay tres aspectos de esta sociología política de la implosión por hacer: el problema *perceptivo*, el problema *clínico* (de reparación y terapéutica social) y el problema del *lenguaje* (sonidos, escritura, imágenes: el problema de cómo nombrar, escribir, narrar, musicalizar una implosión social). Hablamos de una gramática de la implosión: cómo se lee lo social implosionado, cómo se descifran sus signos, cuál es su sintomatología, qué lenguaje es el de la implosión, qué huellas deja, cómo escribe lo social, qué cicatrices deja en los cuerpos, territorios, instituciones, ciudades.

*

Las implosiones son silenciosas. No son ágrafas, no carecen de lenguaje. Lo que compone una implosión (si la miramos microscópicamente) conforma,

aún en ese fondo insondable, un lenguaje y también tiene la potencia de desplegar una *escritura* sensible en el cuerpo social, en los territorios. Se pueden rastrear esos garabatos en los barrios, en las ciudades, en las instituciones, en los cuerpos cuando hablan o callan, cuando toman la palabra o se repliegan en sus memorias. Se puede pensar a la inversa también. Donde hay un afecto extraño, un quilombo raro y difícil de registrar, ahí hay una implosión en curso. Hay que reconocer esas *expresiones* en las implosiones. No para devenir exégetas o cronistas de vanguardia, sino para activar una política de la escucha y para, nuevamente, disputar las existencias que no suelen percibirse (Lapoujade). Aquellas a las que se les ha mutilado el habla y borrado la expresividad vital (incluso desde quienes dicen representarlas, dirigir las, militar las, salvar las).

*

Un estallido social es siempre, más o menos, “organizable” desde actores reconocibles y desde posiciones de sujeto identificables a golpe de vista (de vista en el *régimen de obviada*). Las implosiones sociales, en cambio, son siempre caóticas, difusas, esquivas. Se producen en la mezcla, en territorios híbridos, y sin respetar fronteras políticas.

Los estallidos sociales se *ven*. Son visibles. Sobran, en los dispositivos de almacenamiento y memoria, la galería de imágenes en primer plano de lo que estalló. Las implosiones se *sienten* en su

insuportable y ambigua densidad y en su desorientación (“¿y ahora qué mierda hacemos?”). Frente al estallido, el pronunciamiento: a favor/en contra (o, si es en el posteo, like/no like). En las implosiones, no. Hay que levantarlas con cuidado, de manera artesanal, como caracoles en la orilla de una playa desconocida, y acercarlas para oír los susurros de la precariedad que envuelven. Hay que evitar usar lenguajes, discursos y maquinaria conceptual pesada porque pueden dañar el material sensible. Una vez que se escuchan los ecos profundos que portan, hay que volver a posarlas delicadamente en el ambiente y en el clima en que se las encontró.

*

Las implosiones, para conservar su temperatura, su pulso, su olor, su sonido, se tienen que escribir en un registro inmanente y cartográfico y rechazando siempre la traducción al modo urgente. Las implosiones son de la forma *presente* que toma lo social, pero no tienen actualidad. Cuando una implosión se hizo noticia (posteo, zócalo, hashtag) salió del proceso de lo social implosionando y ya no explica nada; es un hecho más. El riesgo opuesto a la captura impotente y escindida en el régimen de obiedad, es el extravío en un fondo impensable e insondable. En un riesgo se cae en la representación fragmentaria y el ruido momentáneo, en otro riesgo se cae en el mutismo absoluto (“sin palabras lo que sucedió...”). Lo social implosionado requiere, entonces, de una escritura que vaya más allá de la pura

crónica y la fenomenología, pero que se quede flotando más acá de los lenguajes teóricos abstractos. Un umbral es demasiado liviano para los dramas de lo social implosionado, el otro es demasiado pesado y torpe, como andamiaje conceptual, para caminar en esos mismos dramas. Escribir en lo social implosionado requiere entonces moverse con cuidado entre esos niveles de enunciación y en medio de diferentes géneros.

Si los estallidos sociales inmediatamente despliegan una manera de enunciar, de presentar los eventos, de intervenir públicamente, las implosiones suelen pensarse, cuando se montan sobre una percepción distraída, como lenguajes “menores”, escrituras privadas, rarezas. Pero en verdad requieren de una escritura cartográfica que permita *ver* cómo se fueron moviendo las fuerzas anímicas, las diferentes perspectivas, las disputas y sus grados de belicosidad. Adentrarse con más soltura en lo ambiguo, en la espesura, puede permitir mantener el registro en varios planos. Hay que esforzarse para ver lo social implosionado y para orientarse en ese proceso complejo, pero no necesariamente confuso. Complejidad no es confusión y tampoco desjerarquización. Que no se alcance nunca el trasfondo (siempre pliegues de pliegues de la precariedad en donde se muestra su fiereza y, a la vez, su sutileza), que sea tan difícil encontrar las causas de las implosiones no significa que se resigne el sentido de lo que acontece.

Se puede decir: primero, la percepción. Luego, la escritura cartográfica. En medio, la disputa por las existencias, la intensificación, la politización (que no es “meter en agenda”, sino disputar sentidos y ampliar la imaginación sociológica, el repertorio de imágenes políticas, de discursos, palabras, *disputas de realismo*). Sobrevuela a todo esto la cuestión de la intervención: el para qué, los aliados de tus escrituras y cartografías, el sentido de las intervenciones, el *boomerang* (qué vuelve una vez que se dice o escribe algo). El movimiento de percepción/creación no tiene que continuar automáticamente en la intervención. Hay límites en la política de la visibilización. No sirve visibilizar un acontecimiento sin un trabajo artesanal de investigación de a dónde va a caer esa intervención/visibilización; qué sensibilidades sociales la reciben; en qué trama discursiva y perceptiva va a ingresar, a quién se está buscando interpelar. Toda cartografía implica tener siempre presentes la compleja relación entre percepción, escritura e intervención política. Toda cartografía requiere también bancarse cierta demora. Demorarse en ese quilombo hasta que surja una incipiente percepción política distinta. En ese tiempo de demora se reflexiona sobre los umbrales públicos de atención, la eficacia de los lenguajes utilizados, el desfasaje entre las agendas Políticas y los ánimos de las mayorías populares, la necesidad de correrse de la lógica del informe, etc. Esta búsqueda de nuevas percepciones y nuevos lenguajes es siempre peligrosa. No estar ligado a gramáticas políticas establecidas puede dejarte en situación de perplejidad y soledad.

Las implosiones tienen más en común con la radioactividad que con las detonaciones de los estallidos (siempre geolocalizables, visibles, rastreables, asignables a determinados sujetos, zonas). La metáfora de lo radiactivo sirve porque dispara sensaciones de pavor, de lo difuso, de invisibilidad letal, de diferentes umbrales de exposición a ese peligro, de diferentes mediaciones ante ese peligro del trasfondo. Por esta característica es necesaria la escritura en movimiento, más provisoria y mutante (y no por eso menos rigurosa) que la escritura del diagnóstico cerrado. La escritura cartográfica percibe continuos vitales y sensibles, cambios de roles, ambigüedades, amoralidades, fronteras móviles, y eso porque no carga con el peso de cierto imaginario sobre los conflictos sociales y los actores políticos. La cartografía captura perspectivas y fuerzas antes que sujetos fijos o identidades. Ve los sujetos en movimiento o en su capacidad de movimiento. No ve damnificados y víctimas como posiciones subjetivas inamovibles, los percibe sumergidos en lo social implosionado. La cartografía se hace registrando el pulso anímico y *real* de las instituciones y los territorios. Ese es el desafío que porta la cartografía: pensar una política que no mire buscando sujetos políticos o históricos, pero que jamás olvide los cuerpos, las vidas concretas que alojan y portan fatalmente las *existencias menores*.

*

Implosión adentro de tu casa
Implosión en los pibes de la esquina.
Implosión en la cooperativa
Implosión 24 horas al día.

*

Hay una teoría de la *implosión permanente* por hacer. La implosión ocurre, está ocurriendo (siempre en gerundio, ese es la forma verbal) en los mismos espacios que mira la Política y los discursos militantes, pero en otra dimensión; en la que no se adentran porque no la perciben (“acá parece que está todo tranquilo eh, la gente se la banca, ¿no?”). Las implosiones sociales no son *insurrecciones* ni acontecimientos ingobernables. Son siempre, y sin intención, ingobernables para cualquier forma de gobernabilidad reconocida. Y, sin embargo, no son el puro caos ni la temida anomia social. Las implosiones sociales no son relieves amenazantes de lo social, no son pequeños atentados contra el orden social. Pero dentro de lo social implosionado se incuban violencias difusas, amenazas a cualquier estabilidad existencial privada.

*

Las implosiones sociales no son fácilmente traducibles como violencia social. Son implosiones sociales y entonces hacen falta indicadores nuevos para investigarlas y hacerlas observables. Que se intensifique lo social implosionado no implica que

“aumente” la violencia social (a veces sucede más bien lo contrario). La violencia social es ya una visibilización, un diagnóstico, un código (delitos violentos, robos violentos, lazos sociales violentos). Lo social implosionado es lo social recargado, saturado (otra metáfora: un cuarto herméticamente cerrado en el que hay una creciente pérdida de gas). Las implosiones sociales no son violentas, pero en lo social implosionado, en sus pliegues, se incuban violencias difusas, extrañas, letales, inquietantes (sin código reconocible y sin protocolo al que convocar).

*

El estallido es efecto de cuerpos cansados. La implosión también implica cuerpos cansados, pero de otro signo: un cansancio privatizado, un cansancio que no tendría que aguantar más, pero continúa *aguantando* (no podés soltar a una precariedad que no te soltó).

Todo implosionado, tengo que cargarlo igual. No hay solución ni final feliz a la vista. Se incuban en esa ausencia de horizonte, entre otras larvas, los discursos que invocan fuerzas redentoras y todo un amplio sistema de lamentos. También la necesidad vital de hacer *amarres* para conjurar los efectos de la precariedad. Deleuze distinguía el lamento de la queja: el lamento es un modo de hacer pasar una intensidad que te lleva puesto. Es un modo de ubicarla, de activar algún tipo de ritual en relación a ella. Las implosiones son de esas intensidades a lamentar.

*

Se realizan constantes (y siempre insuficientes) *conjuras*, más o menos audibles y secretas (íntimas) contra la precariedad en acto, pero sin poder negar nunca la precariedad de fondo. Una precariedad que es suelo de guerras sociales difusas y también intensificadora de esos mismos enfrentamientos; caldo de cultivo y amplificación de las guerras sociales, a la vez.

Los rejuntos son la forma que toma la convivencia en lo social implosionado. No son partes, fragmentos que flotan con el hundimiento de la comunidad (o con el estallido de lo social). No hay rejuntos de múnadas cerradas. No hay rejuntos porque hay guerras de todos contra todos y entonces... Los rejuntos son el modo transversal en que se organizan los afectos en la precariedad: afectos laborales, amorosos, amistosos, familiares, barriales (una sucesión histórica: nos casamos, nos juntamos, nos *rejuntamos*). No hay comunidad autorreflexiva, que se defiende a sí misma, por un lado, y rejuntos ciegos e inconscientes por otro. No hay más trama comunitaria, hay rejuntos reducidos o ampliados. Rejuntos de dos integrantes o de cien. Rejuntos sobre diferentes umbrales y grados de precariedad. A los rejuntos no los une el amor sino el espanto; o el terror anímico de la precariedad. Rejunte entonces para conjurar sus efectos más destructivos. Los rejuntos no se caracterizan por la *liquidez*, pero sí por la fragilidad. Por eso requieren mucha fuerza, mucha energía vi-

tal y social para sostenerse. No se trata de pensar rejuntes con fecha de vencimiento versus lazos comunitarios perennes. Los rejuntes no tienen ni la temporalidad lineal organizada por el Estado que protegía, ni la temporalidad fragmentaria y fugaz del mercado que arroja a la incertidumbre. Tienen una temporalidad y un calendario singular; el de las intensidades, las secuencias y los amarres que se realizan para conjurar, cada día, la precariedad. Porque hay una precariedad que mutila, que interrumpe, que corta amarres, que desarma conjuras, y que luego sobre ese “vacío” (ese paréntesis ocupado por el terror anímico) intensifica su movilización: satura. Primero vaciamiento y sobre esa primera operación, inmediatamente, saturación.

*

Las instituciones no suelen estar preparadas para la implosión social, pero la implosión social es su característica principal. Si la institución, en clave normalidad/estallido, contiene, ¿qué tareas realizan las instituciones implosionadas? ¿Qué hacen que no sea intentar contener o normalizar?

*

Si no estalla, implosiona. Si implosiona, no estalla. Silogismos falsos. Implosiona y puede estallar. Si estalla, en una sociedad precaria, seguro es sobre *lo social implosionado*. Un estallido puede cargar con su doble fantasma, con su gemelo siniestro; la

dimensión de la implosión (como aquel 2001 oscuro que implosionó barrios, familias, cuerpos adentro y que no se pensó en profundidad). Un pasaje de aquel “los que vienen del fondo” como violencia externa difusa, a lo que sucede en ese fondo insondable de los interiores implosionados.

*

Si el estallido puede pasar como “excepción” (“estaba todo más o menos igual que siempre, y de repente: pum”) la implosión es *en* la normalidad precaria. Las implosiones sociales son la regla y no lo ocasional de la precariedad. Las implosiones cargan con la ambigüedad de ser regularidades en la precariedad y, a su vez, imposibles de normalizar. Un estallido/excepción puede alterar el plano de jerarquías a nivel territorial, social, vital. Una implosión no necesariamente; puede transcurrir por otro umbral. Puede no alterar ni un tantito así las jerarquías feroces (de ahí esa dimensión de cierre político, más que apertura; del “qué se vayan todos” al “que no me joda nadie”). No hay quietismo, pasan infinitas cosas, pero no llegan a alterar nada. No alteran, no trastocan su signo y su modo de funcionamiento. No transforman de raíz. Las implosiones sociales no alteran, pero sí intensifican hasta umbrales de quemazón, los roles, las fronteras, las jerarquías. La profundización de la crisis económica, el sobreendeudamiento, el ajuste de guerra pueden o no ocasionar un estallido social; seguro va a intensificar lo social implosionado (“cuanto peor, peor”).

*

En lo social implosionado se encuentran en germen los nuevos conflictos sociales; los de la sociedad precaria y ajustada que llegó para quedarse. En lo social implosionado los conflictos sociales clásicos adquieren una dimensión densa, mutante, que no se logra percibir. Solo se ve la punta de un conflicto social tradicional, pero no las profundidades sociales en las que se enraiza y en las que, a la vez, resonará. Hace falta entonces una percepción que no cargue con la expectativa de que lo que ya está siempre implosionando “estalle hacia afuera”. Haga ruido público, callejero.

*

Lo social implosionado es por definición no-comunitario, que no es lo mismo que anti-comunitario. Lo social implosionado no es lo que queda por fuera de las imágenes de comunidad, no es lo que no ingresa en la trama comunitaria. Lo social implosionado es la forma que reviste el lazo social en la precariedad. Cualquier forma de organización social, comunitaria, etc., se hace o se deshace, de manera concreta, en lo social implosionando.

*

El cuerpo no para, en el momento del estallido social, hasta que merme esa intensidad que inauguró. En lo social implosionando el cuerpo no para

nunca, hasta en los momentos de quietud sigue funcionando por dentro una máquina que gestiona y carga quilombos. Un *aceleracionismo* precario que no es punta de lanza de nada. Solo gestión enloquecedora para sostenerse en la porción de precariedad que se habita. Podríamos decir “girar en falso”, pero el movimiento no es falso, ni “anti-productivo”; por el contrario, es híper productivismo en clave precaria y en una sociedad ajustada. Lo social implosionado es la ultraproductividad de lo social, aunque esta dimensión permanezca opaca. Lo social implosionado deviene fuerza destructiva (demoledora de cuerpos, de barrios, de espacios laborales, de instituciones) que no se opone a las fuerzas productivas. Lo social implosionado es fuerza destructiva de lo social por aceleración maníaca de lo productivo y no por su negación.

*

Si el estallido se explica por la Política, en las implosiones sociales los discursos políticos son un lejano vector *más* de cansancio cotidiano. Un moscón que ni siquiera zumba al oído. Solo se posa en las pantallitas y se queda magnetizado ahí.

Las implosiones están conectadas a vidas hipermovilizadas por la precariedad. Por eso nunca puede creerse que la quietud es a la implosión lo que la movilización y los protagonismos sociales son a los estallidos.

Guerra y precariedad¹

Vivimos tan hondamente sumidos en la guerra que se nos ha vuelto del todo inimaginable la paz. Esta guerra es como una selva virgen que desde hace años nos tiene sometidos, cada vez con mayor fuerza a su oscuro hechizo, de manera que empezamos a dudar de que más allá de sus lindes exista algo.

Ernest Junger, *Tempestades de acero*

Si preguntarse por las guerras (guerra contra la población, guerras de subjetividad, guerras económicas –microendeudamiento y macroendeudamiento–, guerras de clase, de género, etc.) en nuestros territorios es preguntarse por la precariedad, tenemos que interrogarnos también por los modos en que

¹ El siguiente texto tuvo su origen en una clase que expusimos en la Diplomatura “Mapa de guerras” en CLACSO que coordina Tinta Limón, correspondiente al módulo “La guerra contra lxs pobres y lxs pobres contra la guerra”. Intentamos pensar las guerras de manera situada y enfatizando el origen político y sensible (no únicamente teórico) de los conceptos utilizados: precariedad totalitaria, implosión social, interiores, terror anímico, engorramiento, haciéndolos parte viva de una cartografía más amplia y abierta sobre las mutaciones territoriales en curso. La incluimos en el libro porque consideramos que nuestros conceptos suelen comprenderse mejor colocados en mapas o articulados en redes siempre inconclusas.

esa precariedad se hace operativa: es decir, tenemos que activar una cartografía de la precariedad en acto, entendiendo la precariedad no como noción que pasiviza o únicamente determina, sino también como una condición de hipermovilización de las vidas actuales. Gestiones y movilizaciones en la precariedad, a nivel material, anímico, de relaciones laborales, que incluyen desde cómo llegar con poco dinero al fin del mes o de la semana, hasta mantener habitables los espacios comunes en un barrio, un centro comunitario, una institución, un trabajo, pasando por la permanente gestión de los territorios domésticos, la manera en que se lidia con el ajuste, la crisis y los conflictos que dispara. Una precariedad que no es mera *falta*, informalidad, desmantelamiento del *Estado social*, demandas segmentadas (precariedad laboral, habitacional, urbana, etc.), sino un verdadero campo de juego de lo social con sus estratificaciones, distribuciones diferenciales, con su regularidad. Una precariedad que puede ser el límite, el plano, el fondo *común* de las vidas y que al mismo tiempo tiene sus recortes y jerarquías. No todos estamos a la misma distancia de ese abismo, y existe una desigual distribución social, geográfica, etaria y de género de la exposición a la precariedad y a los desbordes y violencias que contiene. La lucha por correrse de la exposición violenta a ese fondo lacerante, la lucha por salir de sus efectos inmediatos, quizá sea la forma contemporánea de las *luchas de clases*.

En las metrópolis latinoamericanas, en sus territorios periféricos marginalizados, se presentan

altos índices de informalidad económica, políticas públicas deficientes, falta de inversión en infraestructura social, etc. En estos territorios se observan violencias institucionales (de fuerzas de seguridad), inseguridad (robos cada vez más violentos), enfrentamientos entre banditas (crimen organizado, también crimen desorganizado y anómico), enfrentamientos entre vecinos, violencias al interior de las familias, de los hogares. En medio de estas violencias difusas (verticales y horizontales), en relación a ellas, es que pensamos las conflictividades sociales (y también la condición de movilización social, permanente, de las vidas). No después. Son conflictividades más ambiguas, con otro tipo de resonancias y efectos, y con causas menos nítidas; también menos organizables desde antagonismos sociales o de clase tradicionales.

Estos escenarios son los que definimos como *escenarios de guerra en y contra la precariedad*: por sobrevivir, por hacer pie, por cuidar lo poco que se tiene, por mantener umbrales vivibles en medio del desborde. Siendo concretos: una precariedad que ya es *lazo social*, que se verifica en el calendario vital y la organización del tiempo y de las energías; llegar no solo al final de la semana, sino alcanzar, más o menos enteros, el final del día. En esta nueva dimensión temporal que genera la *precariedad totalitaria*, se combinan la determinación, la quietud o la fijeza (de destinos de clase, determinaciones estructurales, condicionamientos casi de hierro), con la hipermovilización de las vidas contemporáneas,

especialmente de quienes cuentan con menos redes para conquistarse otra temporalidad, “bajar un cambio” o tomar cierto control sobre las variables de la propia vida y de quienes están alrededor.

Hay que estar a todo ritmo siempre, y todo lo que se arma y se hace es sobre suelo resbaladizo, móvil, provisorio. El tiempo se trastoca, vía endeudamiento, provisoriedad de los trabajos, de la vivienda, de los espacios, pero no en el sentido de un desacomodo “que se puede arreglar”, sino de manera irreversible. Esa es la *normalidad precaria*, la regularidad de la precariedad totalitaria: no hay reposición ni restitución posible, y lo que se arma es un ritmo cotidiano y un calendario vital propios.

1. Una imagen de la ligazón entre guerra y precariedad: el *engorramiento*²

Engorrarse, por un lado, es el reverso del consumo en la precariedad. Aunque solemos escuchar: “esto es mío (cualquier propiedad) porque lo gané (compré) con sacrificio, deslomándome”, la ética del sacrificio y el esfuerzo del trabajador es anacrónica: esto (cualquier mercancía o propiedad) va a ser tuyo (aunque ya lo hayas comprado) solo si lo defen-

2 *Engorrarse, máquina de gorra*: son palabras que encuentran su origen en la expresión, en Argentina, “ponerse la gorra”: gesto que se refiere a la visera o uniforme policial y que expresan la actitud de vigilancia, delación, sanción punitiva, control. Como veremos, la noción luego se extiende hacia otros sentidos diferentes.

dés y te lo ganás en cada ocasión. El consumo en su versión contemporánea no es simplemente anestesiante (consumo pasivo) o liberador en tanto efímero (consumo y ya está), sino que requiere ponerse en movimiento y sostenerlo cada vez.

En el consumo hay fetichismo de la mercancía, pero hay –sobre todo– trabajo que comienza una vez consumida la mercancía; consumir algo es saber que lo tenés que poner a trabajar, es ponerlo en juego, valorarlo, hacerlo desear por otros y defenderlo de esos otros. Porque comprar no te hace propietario; la condición de propietario hay que ganársela; las cosas no llevan inscriptas los nombres de sus compradores, permanentemente tenemos que marcar la propiedad sobre ellas y para eso existe la estrategia de engorrarse. ¿Sos propietario?, bancatela. Así, con ese tono áspero y cruel nos habla el mercado: si sos propietario tenés que estar permanentemente dispuesto a apropiarte de tus propiedades para que sean tuyas. Mediante la misma ilusión retroactiva que crea *interioridad*, el engorrarse crea propiedad: esto es mío porque estoy dispuesto a defenderlo de vos (y esta lógica se puede extender a una tierra, una habitación en una vivienda precaria, una esquina-transa, etc.). Las mercancías siguen bailando; pero no lo hacen solas, requieren de nuestro esfuerzo vital y anímico y de lo dispuestos que estemos para mantenernos a flote y armarnos para

enfrentar las guerras específicas de la precariedad. Es por todo este continuo que te matan por un par de zapatillas o se deja la vida defendiéndolas. (Colectivo Juguetes Perdidos, *Quién lleva la gorra. Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres.*)

Engorramiento como gesto profundo y complejo de sostener algo en medio de la precariedad (desde una propiedad hasta lo inmaterial); encarnación, en cuanto hábito, gesto y afecto, de la belicosidad de lo social implosionado. Engorrarse, que en realidad es más que un gesto: puede implicar toda una organización, una sedimentación en hábitos, una interpretación, lejos de ser un *racismo del resentimiento* o un mero ejercicio del poder enjambrado en la sociedad, puede ser más bien una forma de *autoprotección difusa*. Autoprotección de umbrales de propiedad provisoriamente conseguidos (fuera del *welfare* “las cosas” son obsoletas no solo por la finitud tecnológica de su producción sino también por la exposición a una lacerante precariedad que pone todo en riesgo), del rejunte familiar o barrial en peligro, de la propia vida amenazada.

Cuando hay grandes propiedades hay grandes desigualdades. Por cada hombre muy rico debe haber al menos quinientos pobres, y la opulencia de unos pocos supone la indigencia de muchos [...] El dueño de una propiedad valiosa no puede dormir seguro ni una sola noche si no se halla bajo la protec-

ción de un magistrado civil. Todo el tiempo se ve rodeado por enemigos desconocidos [de cuya injusticia él será] protegido mediante el brazo poderoso del magistrado civil, siempre en alto para castigarla [...]. Cuando no hay propiedad, o al menos ninguna cuyo valor supere el de dos o tres días de trabajo, el gobierno civil no es tan necesario. (Adam Smith, citado por Maurizio Lazzarato en *Guerras y capital*.)

Se equivocó Adam Smith: cualquier propiedad (incluso aquellas cuyo valor no supera las 24 horas de trabajo) se debe defender. Precisamente allí donde no hay experiencias comunitarias fuertes que inauguren también “seguridades fuertes” u otro tipo de lógicas vinculares (hemos caracterizado a los *nuevos barrios* como pos-comunidades), en territorios sin garitas o casillas de seguridad, sin custodia pública o privada, *engorrarse* se erige como una acción que busca “proteger lo ganado”, cuidar todo aquello que puede volverse botín de las micro-guerras sociales difusas.

Durante los años en que, tanto en Argentina (la denominada “década ganada”), como en otros países de la región, el ciclo de gobiernos progresistas expandió fuertemente el consumo popular, hemos pensado desde otro ángulo los efectos sociales, vecinales, territoriales de esa nueva acumulación. Esas hipótesis, creemos, siguen vigentes aún en contextos de ajuste y enfriamiento del consumo.

Incluso, se radicalizan (ante la escasez y el ajuste). No existe, ni existió antes, el consumo pacífico. Incluso un consumo sostenido por un Estado que interviene en una economía con políticas de regulación, requiere para su operatividad social de un reverso: *no hay consumo sin engorramiento*. Y no lo hay, precisamente, porque el crecimiento del consumo (o el acceso al consumo a secas) se da sin que se altere la precariedad de fondo. Existe una ligazón total entre precariedad y consumo que en muchos casos ni siquiera fue registrada, ya sea por los límites propios de un imaginario estatista (que creía en un *revival* del superpoderoso estado de bienestar) o por los de un imaginario militante que concibe al consumo únicamente desde los postulados de la teoría crítica. Dos modos de moralización del consumo: celebración o impugnación (el consumo te vuelve ciudadano o el consumo aliena) que no pueden pensar al consumo expansivo entrelazado con el necesario engorramiento para sostener lo adquirido.

Si el engorrarse es una acción, de algún modo, *posestatal* (¿o *paraestatal*, o *a-estatal*?), es porque intenta lidiar con situaciones caracterizadas por el desborde y también por la implosión: escenas que parecen ingobernables, insondables, inabordables, difusas. Cualquier intento de ordenar, de gestionar la defensa de esa porción del mundo propio amenazado (aunque lo que se quiera defender sea la vida familiar, “comunitaria”, etc.), deriva en un *empoderamiento oscuro* que toma todos los planos –afectivos,

anímicos, corporales (mucho enfrentamiento cuerpo a cuerpo)–. Se dan disputas por la tranquilidad al costo que sea.

Se insiste con algo: el engorramiento o el engorrarse, como un entramado de gestos, hábitos y afectos propios de la precariedad, queda lejísimo de la toma de posición ideológica o moral. El entrecruzamiento entre guerra y precariedad no cabe en la lectura simplista de la “derechización” de la sociedad, ni en la lectura culturalista –¿o sería más bien naturalista?–, esa que dice “es así” y lee barbarie o “guerra de pobres contra pobres” ahí donde hay precariedad totalitaria.

Imagen (muestra random): Un trabajador joven, informal, sale del depósito y cruza la calle para esperar el colectivo que lo devuelva a su residencia luego de una extenuante jornada laboral de diez horas. Lo intercepta un trabajador joven, informal (ambos son monotributistas), que conduce una moto con su uniforme de *Pedidos Ya*. El joven 1 sabe, lo charlan con sus compañeros de trabajo y con su jefe, que en el barrio (una casualidad: es el barrio en el que se crió y ya no vive) están robando motos y bicicletas a los repartidores y repartidoras de *Pedidos Ya*. Usan esos mismos vehículos para realizar robos por la zona, hasta descartarlos. También se sabe, en el barrio y en la ciudad, que hay jóvenes trabajadores de la aplicación que, entre una

entrega y la siguiente, si se da la oportunidad, también roban aprovechando el uniforme (que en esas ocasiones deviene disfraz). Las cajas grandes que portan, como caparazones de tortuga, pueden guardar pizzas, empanadas, cafés o esconder celulares. El joven 1 es víctima del robo de su celular por el joven 2. El joven 1 se distrajo un segundo y: zas. Le sacaron el celular. Se distrajo, pero no. Se confió, más bien, porque quien se aproximaba era un trabajador como él. Nunca supo, aunque sospecha la segunda opción, si era un ladrón que había robado la moto y se disfrazó de trabajador o si era el dueño de la moto que laburaba y se disfrazaba, ocasionalmente, de ladrón. Del joven 2 ni noticias. El joven 1 contó el robo en el depósito al día siguiente. Sus compañeros de trabajo lo interrogaron sobre si había modificado o no su percepción: en el anterior robo, a otro pibe, el joven 1 se había pronunciado en contra de un linchamiento imaginario. No le parecía la solución. Ahora, que le robaron el celular a él, le recuerdan entre risas y bronca retroactiva, su no involucramiento libidinal en esa necesaria pedagogía de la violencia. El jefe le dijo, cuando el joven 1 le recordó que tenía que tener otro celular para trabajar (cuando los envían a cadetear lejos del depósito necesitan estar conectados), que un poco tenía la culpa, que era responsable, por no haber cuidado el celular. Una denuncia a la comisaría

es lo impensable: todos saben que en el último tiempo el barrio cambió y la zona está liberada para cualquier tipo de delito. Mientras se lamenta por la pérdida del celular, cargado de impotencia, el joven 1 dice (nosotros podemos traducirlo así) que la próxima vez tendría que aprender a engorrarse...

2. Economía y precariedad: el *ajuste de guerra*

Una dimensión clave de la ligazón entre guerra y precariedad es la económica, pero en sentido amplio. ¿Qué significa, profundamente, el *ajuste* económico? Veremos que es mucho más que una cuestión de ingresos: es libidinal, es anímico, es un ajuste en términos de expectativas vitales, en lo que refiere al uso de la ciudad, del tiempo, etc. ¿Qué significa el *ajuste* cuando cae sobre una sociedad como una estrategia de enfriamiento a gran escala, mutilando hábitos, afectos, expectativas? Cortando las amarras que mantienen a las vidas a flote en la precariedad, densificando lo social implosionado. El ajuste como un gran intensificador de la implosión social.

Estas son preguntas y enfoques que deben formar parte de una agenda de investigación exhaustiva, de una cartografía política clave: la inflación, el salario, la relación entre el ajuste y el amplio mundo del trabajo, el endeudamiento, el ajuste en términos subjetivos, las estratificaciones del ajuste de guerra (por segmento de población, género, redes

comunitarias), el *terror anímico* que desata el proceso inflacionario sostenido en el tiempo.

Inflación más *rejunte* es depresión y también desesperación. Aún en un contexto de congelamiento de la economía y brutal ajuste, se reemplaza dinero en el bolsillo por *gorrudismo* en el corazón: la verdadera “cláusula gatillo” de estos largos años parece haber sido la licencia para ejercer el microverdugueo y aplicar jerarquías sobre los cuerpos que cargan con el odio social. La inflación a la que no se le ganó con las “paritarias callejeras” y las movilizaciones tuvo una compensación en un “salario anímico” que deja hacer –y descargar– a las fuerzas más oscuras que circulan por nuestra sociedad.

El endeudamiento es otra de las dimensiones clave. Por cómo combina paliza anímica y malestar social, por la bomba que instala al interior de las familias y parejas, por lo que hace con el futuro inmediato, por cómo envenena el presente... Por cómo organiza a nivel social el enfriamiento libidinal y el ajuste de expectativas –combinando los niveles moleculares y molares–.³

3 Acá se abre un matiz interesante políticamente, en términos de protagonismos, reacciones, estrategias: no es lo mismo un “ajuste de guerra” que un ajuste a secas. No es lo mismo cuando el ajuste cae sobre cuerpos calientes o cuando se despliega sobre un enfriamiento previo. El ajuste, para nada es solamente una política económica. Si, como venimos planteando, hay que pensar la relación entre ajuste y precariedad, hay que incluir en el análisis las guerras subjetivas, la guerra

Un paréntesis: aquí hay un matiz con respecto a muchas lecturas europeas en torno a la sociedad del rendimiento, la hipermovilización, las mutaciones en el mundo del trabajo; en la precariedad totalitaria se trata de “guerra total” o “movilización total” pero para casi mantenerse a flote (y defender lo que se gana); es decir, “sociedad del rendimiento” al extremo, pero sobre un fondo de inflación (muchos años seguidos con niveles altísimos), rendimiento y exigencia sin goce posterior, ni modo de vida (incluso con todos sus puntos oscuros y malestares), infraestructuras, redes, etc., que sostengan de algún modo ese 24/7.

Paréntesis 2. Los ajustes no se hacen solos: tienen sus ajustadores. Así como la precariedad tiene sus precarizadores. El pensamiento en términos de fuerzas y lógicas (y no de sujetos, etc.) no excluye esta dimensión central. No solo, claramente, para la política y las estrategias, sino también para la cuestión conceptual, para las cartografías que se tienen que hacer: analizar la precariedad sin enfocar en los precarizadores —en sus distintos niveles: desde los jefes verdugos, hasta los funcionarios medios, más allá de las intenciones y voluntarismos— deja incompleto el mapa, y eso se paga.

por el enfriamiento libidinal que precede a todo ajuste; o no: y en ese caso el ajuste es mucho más brutal porque debe enfriar y aplacar la sociedad con una paliza mucho mayor. Las discusiones macropolíticas (gobernabilidad, “herencia” de un gobierno a otro, planes a mediano plazo, etc.) tienen que incluir estas cuestiones de fondo: una lectura y una intervención en este nivel minucioso de lo social.

3. Guerra en y contra la precariedad

La guerra en y contra la precariedad (o, más simple, las *guerras de la precariedad*) nos dejan frente a una nueva ontología de lo social, frente a un catálogo de escenas cotidianas que muestran conflictos sociales inéditos, difíciles de percibir por la gramática política y militante tradicional. Las formas de vida, los *rejuntes* (modos de convivencia, tan forzados como necesarios, que sustituyen o se solapan al entramado comunitario, a las imágenes de lo común), las mutaciones del heterogéneo mundo del trabajo (y los nuevos odios sociales y jerarquías que lo acompañan) y de la vida barrial y vecinal, son a la vez efecto y *destino* de la precariedad. Y al mismo tiempo, escenario de resistencias e insistencias, de bosquejos de nuevas formas de politización, de militancias y agites varios.

Hay *política* en la precariedad, por supuesto (no es tierra arrasada, ni fin de la historia). Pero hay que verla un poco con otros ojos. Hay *sujetos*, claro, pero no son los mismos. Es necesaria una investigación sociológica y política sobre las transformaciones del mundo popular de la última década y media: los *sujetos* de lo social implosionado, ese basto mundo que venimos mencionando a lo largo de estas notas como *mayorías populares*. Ahí es donde se producen, materialmente, las mutaciones sociales y políticas profundas que aquí describimos, esas recombinaciones entre violencia, moral, enfriamiento, endeudamiento, saturación. Y también las estrategias y

creatividades en medio de esos embates, la belicoidad y las movilizaciones que son por pura fuerza vital, por otros modos de vida.

La cartografía que se arma en este sentido es nutrida y ambigua. Y opera, de manera concreta, contra toda noción de representación, de demanda, de Sujeto político. Mejor dicho, la precariedad totalitaria es una bomba silenciosa para el concepto de “representación política”. No hay sujetos a representar; no hay “precarizados” por los que demandar o a quienes asistir; cuestión que no borra a los sujetos concretos de la precariedad, al contrario, sino que pone la discusión en otro plano. Bienvenidas todas las formas de parches y reparaciones posibles a la precariedad (estatales, institucionales, autogestionadas, vengán con la carga política y moral que vengán), pero la noción de precariedad rebalsa a la noción de informalidad, de carencia, de demanda insatisfecha, de pauperización de lo social, desafiliación, etc., y en ese desborde lo que cae también es la noción clásica de sujeto y de representación, de demanda y respuesta, y todo un sistema de expectativas políticas.

La precariedad funciona cortando amarres: suelta y expulsa fuera de un entramado, un rejunte cualquiera, a pequeñas consistencias armadas para conjurarla (la mayoría de las cuales no llega a rozar siquiera un umbral institucional que las haga un poco más perdurables). El ida y vuelta es constante: se corta un amarre y se intenta hacer otro inmedia-

tamente; se corta un amarre laboral y se intenta fijar un amarre afectivo del tipo que sea; o se amenaza cortar un amarre barrial y se intenta evitarlo, cueste lo que cueste.

Si decimos que no podemos preguntarnos por las *guerras* en nuestros territorios sin preguntarnos por la precariedad, tenemos que mapear la precariedad a fondo. Como lazo social, como *governabilidad* incluso: con la paradoja de que se gobierna precarizando y al mismo tiempo la precariedad hace imposible toda gobernabilidad. Y eso requiere pensar y cartografiar esas constantes (y siempre insuficientes) *conjuras*, más o menos audibles y secretas (o íntimas), que se realizan *contra* la precariedad en acto pero sin poder negar nunca la precariedad de fondo. Ampliar la cartografía política es incluir esas conjuras e insistencias, esos amarres momentáneos.

4. Las guerras del interior

Implosión es crisis que estalla para el lado de *acá*; crisis replegada y ajustada en un interiorismo cada vez más recargado y asfixiante (espacios saturados sin atmósfera). Lo dicho: las implosiones no se asemejan a los estallidos, son de otra naturaleza: aunque pueden incluirlos, se profundizan siempre en un *más acá*: barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro. Un adentro, o un *interior*, que lo pensamos como *lógica*, como dinámica de la precariedad, no únicamente como lugar o localización. Un

pasillo de un hospital rebalsado, un centro de salud que no da a basto, un centro de rehabilitación o un barrio denso, la nocturnidad picanteada, un comedor lleno o una escuela al límite, el aumento en la tasa de suicidio, son expresiones de lo social implosionado, que se suman a aquellas de los hogares hacinados (y sus conflictos característicos).

Ahora todo es interior. Todos interiores que parecen infinitos (y estallados). *No importa cómo, quedémonos acá.* La casa y los trabajos, las imágenes cotidianas de asfixia *por hacinamiento*, el parejismo o la familia *tentacular* replegada en pocas habitaciones, todo convive con el consumo y con la invasión de pantallas –de todos los tamaños y formas– que también ayudan a perforar ese rejunte opresivo (me voy a la redes sociales o a youtube). Y tanto interior llama al desborde, al reviente, al estallido anímico. Porque todos esos interiores que parecen infinitos, también parecen no tener fondo, o tener un fondo insondable y permanentemente desplazado.

Hogar *agridulce* y ambiguo hogar; trincheras de las guerras sociales y cárcel psíquica y anímica. Bunker para la inseguridad ambiente y cuadrilátero para los combates *intrafamiliares* y el desborde afectivo... Y no hay válvula de escape: abriendo la puerta de la casa no se descomprime nada, los quilombos derramaron al barrio y a la ciudad entera: el adentro es ciudad.

Cuando todo es *interior*, la lucha (de clases) es por el espacio en esos adentros, por evitar el hacinamiento, no sólo por un par de metros cuadrados propios al interior de un hogar hacinado, sino por una vía de salida hacia una imagen de apertura, que puede deparar en una aventura, el consumo, la estética personal o la banda ancha.

La economía de los afectos y de las cosas actuales, con sus conflictos, generan un corredor centrífugo en los hogares, los barrios, las bandas. El trabajo, el espacio público, la vivienda o la tierra, por ejemplo, son problemas que no pueden desvincularse de estas otras series de conflictos y quilombos de la precariedad (con sus interiores, lo anímico, los afectos y las guerras cotidianas, etc.). No solo las luchas por la tierra, el trabajo o el derecho a la ciudad no pueden desvincularse de estos encadenamientos sino que muchas veces los desbordes y quilombos de estos *interiores* (nidos de serpientes) desbordan y “desordenan” lo que esas otras luchas “organizan” a nivel barrial o comunitario, como un virus autoinmune en un cuerpo. (Colectivo Juguetes Perdidos, *Quién lleva la gorra.*)

Viaje al interior de las familias, hacer un recorrido por la superficie de contacto entre las casas y el resto del barrio. Ningún choque o detonación puede explicarse porque ya viene con diez capas de detonación plegadas sobre sí; implosionadas. Cada hecho

barrial viene con la fuerza de otras colisiones inmediatamente anteriores. Y a su vez genera otras diez más. Hay ondas expansivas de las implosiones. Y hay ondas que quedan adentro y que detonarán después, quién sabe dónde o cuándo, o que quedarán rebotando en el mismo cuerpo. La implosión y sus efectos; hacia adentro y hacia afuera.

El director de una salita barrial nos dice que hay que ver el *trasfondo*. Repetido como un mantra a la hora de atender los reclamos de los profesionales que se lamentan si alguien llega tarde a un turno o no continúa un tratamiento o no sigue ciertas pautas de salud: “Tenés que ver qué pasó con la familia, con la mamá, no sirve culpar a nadie... Pero, a su vez, si ves el trasfondo no llegás más. No llegás a ver todos los niveles. Es el contexto, hay que ver el por qué, y el otro por qué, y así. Yo hablo con los médicos, porque a veces se encabronan porque la gente llega dos horas tarde al turno. Pero yo les digo que tienen que ver por qué es eso, si durmió o no durmió, con quién dejó a los nenes, etc. Hay que ver los trasfondos de la situación”. (Colectivo Juguetes Perdidos, *La sociedad ajustada*.)

A la dimensión genealógica de la precariedad, hay que sumarle entonces una dimensión cartográfica. Mapear los pliegues, los adentros, las geografías barriales y hogareñas, institucionales. Ver las zonas porosas, las líneas punteadas de las fronteras, los

adentros. Queda trunca una investigación del conflicto social y de las movilizaciones sociales que solo recorre “el lado de afuera” de las casas, barrios, lugares de trabajo, instituciones.

5. Cansancio y disputas por la tranquilidad anímica

La tonalidad afectiva de la sociedad ajustada es el cansancio. Vidas cansadas, aplacadas, al mismo tiempo que híper movilizadas por todos los vectores sociales que se intensificaron hasta el enloquecimiento con la crisis: hay que gestionar una vida con cada vez menos margen de tiempo y de guita; un cotidiano con cada vez más belicosidad en la que hay que sostener material y anímicamente la vida: las deudas que crecen y no se pueden pagar, las familias ampliadas y malregresadas o hacinadas en las piezas que se copan y alojan, los laburos que escasean o devoran cada vez más tiempo vital, la desocupación que es más ocupación de la cabeza quemada e impotente por la falta de guita y el barrio ajustado que también es el barrio rejuntado de siempre pero en versión espesa y más violento. Vidas hipermovilizadas y cansadas; vidas en barrios quietos si de berretines “políticos” y “comunitarios” se trata.

Un aplacamiento y un aplastamiento que no tiene mucho sentido explicar en esa jerga sociológica que mira muy de “arriba”: “indivi-

dualismo”, “privatización de la vida”, “cultura de derecha”, “neoliberalismo con su meritocracia”, blabláblá. Quizás solo falta combustible para saltar y bancar. Porque la nafta está toda vertida en la maquinita de carne y hueso que todos los malditos días sostiene el umbral de la vida en la precariedad. Sin espacio subjetivo y sin tiempo social para organizarse y militar el barrio, para participar de sus armados y sus redes colectivas, la crisis, para quienes tienen una percepción lúcida y una biografía inquieta, deviene aún más jodida: hay que enfrentarla de modo solitario. (Colectivo Juguetes Perdidos, *Perón: la realidad efectiva te la debo.*)

Uno de los planos más novedosos de la precariedad cuando se vuelve totalitaria es el anímico. Dimensión también central en la gestión de los territorios –o en su imposible “gobierno”–: no hay regulación ni adiestramiento más o menos duradero de los cuerpos y de los territorios sin ese adiestramiento moral y anímico de las poblaciones. La guerra contra las poblaciones no se articula solamente en torno a la precarización de la economía, los trabajos, las infraestructuras urbanas y los conflictos que hacen a la dimensión material de la desigualdad (la defensa de la propiedad, el enfrentamiento producto de la escasez, etc.), sino que también se articula en relación a los estados de ánimo, entendidos de manera profunda, no como sentimentalismo, felicidad o descontento, o como más o menos estrés o

quemazón laboral, sino como entramado de afectos en la precariedad; en todo caso, una dimensión profunda de lo que es la felicidad y la tranquilidad, el bienestar común, los deseos y anhelos, etc.

La palabra *tranquilidad* debe ser una de las que más resuenan, no solo en una escucha rápida de sondeo y encuesta de opinión o del discurso televisivo, sino en términos del día a día, del cotidiano de las mayorías populares. La tranquilidad no remite a algo sostenido en el tiempo, sino que parece hablar de un equilibrio momentáneo, de una percepción del cotidiano que se aquieta en la pura contingencia. Y en esto se distingue de la noción de orden. Pedir tranquilidad y no orden puede ser asumir que no hay operación necesaria ni lugar legítimo desde donde “ordenar”. Si orden se le pedía al Estado moderno (orden frente al caos económico, político, público), tranquilidad es lo que se pide de manera más o menos silenciosa, algunas veces desde el ruido o desde un insistente murmullo, en la precariedad totalitaria. Desear tranquilidad social no es lo mismo que pedir orden público: un pedido de tranquilidad incluye lo público, pero no se reduce a esa dimensión: se pide tranquilidad en las calles, en el barrio, pero también en el interior de la casa, en los vínculos familiares y sociales, en la propia vida.

Intranquilidad –y no caos– es lo que predomina en lo social implosionado. No se trata tanto del caos del estallido, de la debacle, de la anomia ruidosa y enloquecedora –a la vez que intensa, adrenalínica–,

sino de una intranquilidad como sonido de fondo, ruido blanco constante, como característica de la vida anímica en la precariedad. Y como demanda infinita e impracticable también. Intranquilidad como efecto de la exposición permanente al infinito, a ese afuera abierto que se introyecta en cada vida, en cada hogar, en cada mundito, que es la precariedad totalitaria. De pedir orden y “defender la sociedad” a proteger el estado de ánimo, entonces. O en todo caso, defender esos rejuntes que son conjuras, esos armados medio milagrosos que quién sabe cuánto duran. El laburo o ingreso inesperado, el buen clima en una institución, esa iniciativa en el barrio que por ahora va bien, etc.

Sobre capas de terrores pasados y sepultados, o redefiniéndolos, nuestra época incubó su propio terror: un terror exclusivo de la precariedad, el *terror anímico*. Un terror que no tiene rostros nítidos ni agentes concretos que nos recuerden sus límites, porque estos tampoco son claros. El terror anímico es una constante de la precariedad cuando esta deviene totalitaria. El terror anímico es uno de los tonos afectivos de lo social implosionado, así como el *cansancio*. Se retroalimentan; el terror anímico cansa, y estar cansado en suelo resbaladizo y hostil que te requiere siempre al cien (endeudamiento e inflación mediante), provoca un terror que no se asemeja a los terrores de épocas pasadas. No es el terror a quedar desocupado, o a no conseguir trabajo, o a la incertidumbre habitacional: son todos esos terrores en *continuum*, y muchos más. Lo dicho: la precariedad totalitaria no se segmenta por demandas.

Hablar de guerras sociales y precariedad, obliga a pensar su contracara en términos de repliegues, de pedidos de (y disputas por) la *tranquilidad*. La mercantilización de la seguridad, la tranquilidad como servicio para pocos, la medicalización y la privatización de los malestares, esos paraísos urbanos que son infiernos de otros (cómo se sostienen, sobre quiénes recaen los costos de esos niveles de vida), son aspectos a tener en cuenta cuando hablamos de lo anímico y de las disputas por la tranquilidad, en las disputas del día a día. Una verdadera ampliación del campo de batalla que incluye interiores implosionados, cabezas quemadas, nuevas trincheras y zonas de conflicto, vidas inquietas y pedidos urgentes de tranquilidad.

Movimientos aberrantes, precariedad y fuerzas silvestres

Entrevista a David Lapoujade

No tenemos el hábito de glosar los textos. Si en el acto de escribir pasan tantas fuerzas disímiles, si se atropellan influencias tan heterogéneas, sería injusto jerarquizar y validar con citas prestigiosas unas en desmedro de otras. Pero hay un motivo vital anterior en ese rechazo a la glosa y es que la escritura comienza siempre con inquietudes y experiencias concretas. Nunca continuando un debate de ideas. No está la costumbre, pero hay una amplia y caótica bibliografía más o menos oculta. El filósofo francés David Lapoujade es uno de esos autores en las sombras. Sus reflexiones sobre el trabajo de percepción, su noción de movimientos aberrantes (y la crítica a los sacerdotes de la alegría) y existencias menores, su noción de límite y umbrales, etc., resuenan a lo largo de este libro. Reproducimos a continuación una entrevista inédita que le hicimos vía mail con la excusa de su visita a la Argentina en el año 2019, organizada por la Editorial Cactus.¹

—Nos interesó de tu trabajo la operación de lectura sobre la obra de Deleuze. En un contexto de recepción de su filosofía en el que siempre se le imprimió un tono de cierto “felicismo” —lo recibimos con

¹ La entrevista fue traducida por Sebastián Puente y Heber Ostroviesky.

el uniforme de un sacerdote o profeta de la alegría, un pensador de un vitalismo ingenuo— esa lectura de los movimientos aberrantes, ese gesto de *oscurecer* a Deleuze —de *enturbiarlo*— nos pareció muy necesario. Lo aberrante, el vitalismo oscuro: el *vitalismo sobre el fondo de un mortalismo* es un enunciado clave con el que nosotros lidiamos en nuestros años de militancia y de investigación en torno a lo que llamamos *disputas por las intensidades*; por cómo se vive y se muere, por cómo pensar las líneas de fuga que devienen líneas de muerte, por cómo se definen los realismos sociales y qué implica la búsqueda de “otras formas de vida”, etc. La pregunta sería, ¿qué implica “hacer política” contemplando la presencia de ese fondo *aberrante* de carácter ambiguo: oscuro y peligroso, pero también portador de potencias?

David Lapoujade: La pregunta me toca mucho ya que remite a la tonalidad. La cuestión de las tonalidades o de las resonancias es muy importante. Desplazar un tono o dar una nueva tonalidad a algo no es poca cosa. Estaba a punto de alegrarme cuando me doy cuenta de que, para ustedes, yo ensombrecí a Deleuze, le di una coloración más sombría al declarar que su vitalismo se desplegaba sobre un fondo de mortalismo. ¡No era para nada lo que quería hacer! Sigo convencido de que la alegría pertenece profundamente a su filosofía del mismo modo que el humor. Incluso así terminé mi estudio sobre su pensamiento.

Pero tienen razón al decir que quería deshacer esa imagen de un vitalismo deleuziano tan afirmativo y

tan hostil a lo negativo que sería casi su pura y simple denegación. Lo que quizás propició esa imagen, en un principio, es su libro sobre Nietzsche y la crítica a lo negativo hegeliano y más tarde, con Guattari, *El Anti-Edipo* y su liquidación de todos los conceptos negativos del psicoanálisis: falta, castración, pulsión de muerte, etc. Algunos dijeron entonces que la filosofía de Deleuze rechazaba completamente el sufrimiento, el duelo, la muerte, en una especie de omnipotencia infinita, como un Walt Whitman de la filosofía. Me refiero a Whitman dado que William James le criticaba la naturaleza unilateral de su optimismo, que celebraba la naturaleza y la fraternidad humana en medio de campamentos de muertos en plena guerra de secesión. Hacía de ello un asunto de tonalidad, tonalidad musical y pictórica al mismo tiempo.

Si, como Whitman, desconocemos los aspectos sombríos de la existencia, si no percibimos lo que puede tener de trágica, ¿cómo no perderían las experiencias gozosas su intensidad y su valor, la tonalidad o el sabor a triunfo que a veces tienen? En este sentido hay una monotonía en Whitman, como una pérdida de los contrastes. Porque este optimismo espontáneo —que no es en absoluto el de Deleuze— mutila la variedad del campo de las experiencias. Ahora bien, creo que esta percepción de los peligros mortales que acompañan a toda experimentación vital está muy presente en Deleuze, pues se trata todo el tiempo de confrontar con los límites inmanentes a los que nos lleva la propia vitalidad.

Dicen luego que mi lectura concierne a la manera de “hacer política” por el hecho de que implica

“contemplar la presencia de ese fondo aberrante”. Nuevamente, el hecho de que este libro haya tenido incidencias políticas para ustedes es una gran noticia para mí. Creo que no se puede esperar más de un libro. Hacer política es necesariamente actuar en un campo dado para intentar cambiar las prácticas, las percepciones, las relaciones de poder, etc.

—Nosotros trabajamos la noción de lo *silvestre*, en la cual encontramos resonancias en varios planos con lo *aberrante*. Lo silvestre es el modo en que irrumpió de manera concreta un movimiento aberrante en situación; una fuerza indócil, perturbadora, vital que atravesaba —rechazando involuntariamente la gramática de la normalización más de tipo disciplinaria— a pibes y a pibas, a diferentes militancias, a trabajadores y trabajadoras de la educación, a vecinos y vecinas, etc. Con esta figura conceptual teníamos siempre dos tensiones: una que provenía de la interpelación de cierta política mayor que nos preguntaba cómo organizar y encuadrar esta fuerza. Una segunda tensión o tendencia —a priori opuesta a la anterior, pero similar en sus efectos— es cierta lógica que estetiza lo silvestre, lo embellece sin dejar pasar su fondo de dolor, de mortalismo, de roce fatal con lo real. En ambos planos pareciera que no se toleran las asperezas, las sinuosidades, las ambigüedades de esas fuerzas silvestres y aberrantes. ¿Es posible crear *instituciones* que lidien con lo aberrante, que lo “soporten y lo alojen” —en el sentido de sostener logística y afectivamente sus potencias para hacerlas *crecer*— que funcionen por

fuera de los modos que impone la estetización o la “orgánica”?

DL: Hay que volver a la noción de *movimiento aberrante* ya que es central también para la segunda pregunta. Con la noción de *silvestre* o de “fuerza salvaje”, bastante próxima a la de movimiento aberrante, ustedes llevan adelante experimentaciones en el campo social y político. Y dicen que allí se chocan con un doble *impasse*, el de la organización política de un lado, el de la estetización artística del otro. Y se preguntan si es posible crear instituciones que puedan favorecer a esas fuerzas escapando de esos *impasses*. Pero yo creo que esas fuerzas salvajes se transforman ellas mismas al institucionalizarse. Quizás pierden su lado “salvaje”, pero conquistan otra cosa: ¿una extensión social? ¿una legitimidad? ¿una mayoría positiva?, lo cual hace que lo “salvaje” esté de ahora en más en otro lugar, se haya desplazado o sofocado en otra parte. Pero, a falta de casos concretos, aquí solo podemos hablar de manera muy general. Lo que quiero decir es que los *impasses* son sin duda inevitables, la pérdida de energía también lo es, ¿pero es ese el problema? Tal vez haya que mirar más bien lo que se ha podido permitir que pase, lo que se logró volver viable o visible en esas luchas. ¿Cuáles son las nuevas percepciones, qué tipo de nuevas fuerzas adquirimos en esos momentos? El descubrimiento, la exploración, la consolidación de un colectivo es algo políticamente decisivo, incluso si el sentimiento de revuelta fuera traicionado en su pureza original (si es que acaso esa pureza

existe). Pero hablo en el vacío: solo se puede hablar en función de casos concretos cuando la pregunta deviene una cuestión de táctica.

—En *Los movimientos aberrantes* decís que el “enemigo” no es la palabra, sino la articulación sintáctica, así como el enemigo del cuerpo no son los órganos, sino el organismo, la articulación orgánica. ¿Cómo inventar una *palabra política* para los movimientos aberrantes que, lejos de caer en la sintaxis del lenguaje militante y político instituido y reconocido, les permita contaminarlos, inocularlos inyectándole su amoral fuerza vital?

DL: En cierta forma, esta pregunta retoma la precedente. Deleuze muestra en efecto cómo Artaud lucha contra la organización sintáctica del lenguaje, así como lucha contra la organización orgánica del cuerpo. Lo que Artaud rechaza según Deleuze es la *articulación* ya que esta operación literalmente lo descuartiza, de manera violenta; amenaza su cuerpo y le roba sus pensamientos. Es ante todo un problema propio de Artaud, que se convierte en una proposición general en Deleuze en la medida en que toda organización captura fuerzas para constituirse; instaura lazos jerárquicos para ser justamente “orgánica”, “organización”, toda una organología o un “órganon” a la manera de Aristóteles.

Aquí la pregunta que formulan retoma la anterior, ya que a partir de otro problema —la articulación—, se vuelve a la misma dificultad: la inscripción en el campo político. No creo que esta cuestión se

plantee en los términos que ustedes dicen: los movimientos aberrantes siempre encuentran la *lengua* que conviene a lo que expresan, ya sea de manera deformada, insuficiente o recuperada más tarde. En un momento dado germina, se produce un levantamiento. Pero esto supone un trabajo obstinado en descifrar lo que “quieren” estas fuerzas o movimientos que se sublevan. Entonces, evidentemente ese trabajo puede parecer “artístico” en el sentido de que todo el esfuerzo consiste en lo que se logra conquistar sobre el silencio, lo indecible, los aullidos sordos, etc. Pero, en estos casos, el problema de la expresión es todo menos artístico o estilístico. En el caso de Artaud y de muchos otros, esto es también inmediatamente *político* en tanto él experimenta la destrucción de su vitalidad y que todos son cómplices, los médicos, las instituciones, los dirigentes mundiales, etc. Para decirlo en términos clásicos, podríamos afirmar que la pregunta es menos la pregunta por lo bello (¿está bien dicho?) que por la justicia (¿se está haciendo justicia con lo que *quieren* esas fuerzas inicialmente mudas?).

Pero este puede ser un gesto que se pretende ante todo *político*, en el sentido de que se trata de coordinar colectivamente, y me parece que es a ese nivel que se plantea la pregunta de ustedes. A ese nivel todo sirve, todo puede ser utilizado, desde un eslogan a un símbolo –pañuelo verde o chaleco amarillo–, como un signo de reconocimiento. Las “palabras políticas de los movimientos aberrantes”, de las que ustedes hablan, se inventan a medida que penetran en el campo social (cuando llegan a penetrarlo).

Ustedes hablan de contaminación, de virus; hablan de algo viral. Y es cierto que son las teorías de la información las que utilizan estos modelos o contra-modelos biologizantes. Uno puede pensar que lo que hoy en día es viral se vacía de su contenido muy velozmente y alcanza muy rápidamente un estado de saturación, justamente en razón del flujo repetitivo de la información. Pero a veces es también el signo de una eficacia política muy grande.

Sin embargo, creo que es importante distinguir los dos niveles, el trabajo político casi inmediato de la obra de Artaud y un trabajo político que pasa necesariamente por muchos intermediarios, medios de comunicación, lenguajes diferentes. No se trata de separarlos, sino de ver que no operan de la misma manera, no tocan la misma materia en la vida de las personas, lo cual no impide una intensa comunicación entre los niveles: y hay una buena razón para esto, es que las políticas llevadas adelante hoy en día se apropian de todos los niveles de existencia y los hacen comunicar entre sí.

—Las políticas menores, las *existencias menores*, no son lo micro, lo pequeño, lo miniaturizado y alejado de lo que hace a la coyuntura, a lo macro, a lo urgente. Hay toda una discusión teórica entre “lo micro y lo macro”, tanto para establecer discontinuidades torpes e improductivas —que además en nuestro país nunca funcionaron políticamente— donde pareciera que se distribuyen las fuerzas y las intensidades sociales entre la canasta micro y la canasta macro, asignando a la primera lo insurrec-

cional, lo “destituyente” y en la segunda la seriedad estatal, organizacional, el plano de la gestión. ¿Qué sería una *política menor* que niega estas falsas polaridades, que la sacan de la coyuntura y la localización en un inofensivo plano micro? ¿Podríamos decir que si no se desvinculan, si no se interrumpen teóricamente las existencias menores de los modos de gobierno hay una política menor que se puede ocupar también de las “grandes cuestiones”?

DL: En este sentido, me alegra que les moleste la distinción entre micropolítica y macropolítica. Creo que tienen razones para ver allí una alternativa falsa. Ya que nunca ha sido una alternativa, se trata más bien de niveles de percepción de la actividad política. Me parece que cuando se usó la noción de micropolítica, fue para decir, contra una forma de marxismo ortodoxo, que las cuestiones políticas no eran sólo aquellas que concernían a la infraestructura económica y las cuestiones ideológicas que pertenecen a la superestructura. Era una forma de decir que la política también atravesaba la sexualidad, la escuela, la familia, los hospitales, los asilos, los inconscientes, que la macropolítica ya era también una micropolítica. Era una manera de renovar la percepción del campo político.

Pero esto tuvo un efecto extrañamente perverso. Debido a que el campo político penetraba en la esfera “privada” (familia, sexualidad, salud mental, etc.), la acción política, al menos en los países ricos (y esto tiene su importancia), abandonó progresivamente la esfera pública (el trabajo, las condiciones

materiales, el empleo, la destrucción de las instituciones, las desigualdades sociales). La despolitización del mundo del trabajo, de un lado, y del otro, las estrategias implementadas por el neoliberalismo para impedir de manera progresiva cualquier negociación en ese ámbito, han sido y continúan siendo desastrosas. Lo mínimo que se puede decir es que el neoliberalismo supo aprovechar de manera extremadamente eficaz ese desplazamiento de la percepción política.

Pero lo que me perturba un poco es la prolongación de la reflexión hasta identificar esa distinción con la de lo menor y lo mayor. Si micro y macro son solamente conceptos que dan cuenta de un nivel de percepción de una realidad dada (¿dónde me sitúo para hablar de la política?, ¿dónde la hago comenzar?, ¿cuál es la escala?), menor y mayor me parecen en cambio *directamente* políticas, en el sentido de una acción llevada adelante sobre poblaciones existentes: es menor todo lo que está privado de derecho en el campo social, según Deleuze y Guattari. Ya no tratamos con un nivel de observación o percepción, o con una cantidad social, sino con una represión o una minorización; es algo completamente distinto. Las minorías solo existen porque fueron excluidas del campo social por políticas de selección, de segregación, de reorganización, etc. Mientras que la micropolítica es un dato o una forma de cantidad de todo campo social.

Plantean entonces la cuestión de una *política menor*. Me parece que, en sentido amplio, una política menor consiste en hacer existir, de una manera o de

otra, todo lo que está privado del derecho de existir. Y esto vale para las grandes como para las pequeñas cuestiones, las grandes o las pequeñas poblaciones afectadas por esas privaciones, invisibilizaciones, represiones, etc. Y acá volvemos al principio: lo menor son las fuerzas asfixiadas que buscan una forma de expresión que les permita ser activas en el campo político. Y esta es una cuestión central hoy en día, dada la magnitud de la ceguera, la sordera y la negación del lado del neoliberalismo que ni siquiera consigue admitir que pueda haber otra realidad más allá de la suya.

—*Las existencias menores* es un libro que nos encantó. Aquí una pregunta que retoma de algún modo lo planteado más arriba sobre la factibilidad de las *instituciones aberrantes*. Si pensamos *stricto sensu* en los seres “en el límite de la inexistencia”, incluso en lo marginal, en las *vidas heridas*: ¿Cómo se piensa una política que no piense en términos de Sujetos —políticos, históricos— pero que no olvide los cuerpos que alojan y portan fatalmente esas existencias menores, que las hacen más reales?

DL: Aquí hablan de una política que no pensaría en términos de sujetos políticos o históricos. ¿Pero acaso han existido personas que luchan como “sujetos” políticos o históricos? Se puede decir que hubo movimientos “conscientes” de sus luchas, conscientes de actuar como “clase”. En ese aspecto, se los puede calificar de sujetos, pero quizás porque pertenecían a un colectivo que les reconocía finalmente

ese estatus que les era negado en otro lugar. Porque si bien es verdad que, en ciertos niveles, hay que intentar deshacerse de la “subjetividad” como forma autoritaria que bloquea las metamorfosis, las transformaciones, en otros niveles, por el contrario, hace falta conquistar una forma de subjetividad, incluso provisoria, para justamente reivindicar un estatus jurídico, una existencia dotada de derechos. Como dicen Deleuze y Guattari, hace falta “simular los estratos”. Hay que tener siempre un poco de subjetividad, al menos para decirle “buen día” al vecino.

—En *Las existencias menores* leemos: “un ser no puede conquistar el derecho de existir sin el auxilio de otro, al que hace existir”. ¿Cómo pensar las *existencias menores* sin victimizarlas o volverlas meros sujetos de reivindicación y demanda, pero a su vez, y de manera indispensable, haciendo que esas existencias fragilizadas y “próximas a la nada” se “dignifiquen”?

DL: Es, a mi parecer, una de las frases más importantes del libro. A partir de Souriau, se puede decir en efecto que uno solo existe por hacer existir otra cosa, aun cuando esa otra cosa sea una parte ignorada de nosotros mismos. O bien que se adquiere más realidad por aumentar la realidad de otra cosa. Son procesos de intensificación mutuos. Esto vale para todos aquellos que no pueden sostenerse por sí mismos, que no se “imponen” por sí mismos, que están privados de autonomía o incluso aquellos que están definitivamente privados de la posibilidad

de decir “yo” o “mí mismo”, o bien incluso aquellos que han renunciado a esas maneras de existir o de enunciar. Allí hay como una falla, una falla profunda. Seguramente todavía utilizamos los términos “yo mismo”, “yo”, pero no es por ellos que uno siente que existe, sobre todo si impiden toda alianza.

A partir de ahí, ustedes hacen intervenir términos extraños como “victimización”, hablan de “simples sujetos de reivindicación”. Sin saber muy bien a qué hacen referencia, diría que si son existencias heridas, es preciso que se reparen, que recobren las fuerzas que permitan hacer alianza, hacer existir. Y a propósito de los “simples sujetos de reivindicación”, ¿la reivindicación es llevada a cabo en nombre de las representaciones de un “yo” o bien puede haber acaso otra cosa, detrás de la enunciación egocentrada, otras voces sofocadas? Como siempre, es asunto de percepción, como dicen ustedes.

—Hay una larga tradición política y académica de menosprecio de la *percepción menor*, o bien de reducirla a una mera descripción fenomenológica o etnográfica que no tiene un estatuto “político”, filosófico, sociológico. En este sentido, nos parece que tu trabajo sobre la percepción es muy interesante para esa disputa por la visibilidad y la politicidad de *lo menor*. Si ver es intensificar, si en el acto de percibir hay plegada una potencia creadora, “vivificadora”, ¿cómo se arman *dispositivos de intensificación* que se desplacen —y combatan— contra las percepciones mayoritarias de la época (las de la estetización, por ejemplo)?

DL: Cómo se pueden construir “dispositivos de intensificación” que combatan las “percepciones mayoritarias del tiempo presente”. Es una pregunta difícil porque las potencias en juego son muy grandes, ellas se infiltran en todas partes, macro/micro. Y solo puedo responder localmente, modestamente. Tengo la impresión –pero no es más que una impresión– de que esto implica de manera central a las fuerzas del tiempo. Tengo la impresión de que hay que llegar a extraer lentitudes, profundizaciones de tiempo a este encadenamiento permanente que despotencia todo. Este encadenamiento nos somete a una falsa urgencia constante o un estado de alerta permanente. Pero si uno está en estado de alerta permanente, ya no ve nada. Es solo un pánico. Uno está todo el tiempo “pasando” a otra cosa, porque siempre hay una nueva alerta en otro frente. Hace falta entonces soltar durante un tiempo este sistema de alerta permanente, tener la fuerza de esa soledad y tomarse el tiempo de construir uno mismo los problemas, los modos de problematización, por desconexión. La distancia se instaura por sí misma y crea intempestividad, en el sentido de que uno deja de ser completamente contemporáneo a ese tiempo. Ser el estricto contemporáneo de su tiempo es una maldición: hace falta sentir la “nube no-histórica” de la que hablaba Nietzsche a propósito de lo intempestivo, sentir que nos arranca del presente o que lo profundiza. Si hubiera que plantearlo en términos bergsonianos, se diría así: seamos nosotros los que dirigimos preguntas al presente en lugar de que él nos las dicte, y tomémonos todo nuestro tiempo para responderlas.

Pero esta respuesta es demasiado abstracta. Hay otra, inspirada en observaciones de William James, que aconsejaba desconfiar de las nociones de Todo o Totalidad. Hablar del capitalismo o del neoliberalismo como un Todo impide ver que se trata de luchar antes que nada contra operaciones precisas, locales; estrategias que pueden ser combatidas, impedidas. Leyendo ciertos textos, escuchando ciertos discursos, el neoliberalismo forma un vasto todo que se presenta siempre bajo el mismo aspecto, como la “misma” cosa, sea cual fuera el elemento que se afronte concretamente, de modo que la lucha es tan profundamente revolucionaria (puesto que se trata de invertir el sistema) como imposible, puesto que se lucha contra la totalidad de un sistema. La lucha real se hace centímetro a centímetro, en un terreno real, siempre por un extremo, una punta que se hunde para propagarse poco a poco. Pero la propagación no siempre quiere decir generalización. Como en filosofía, la abstracción es uno de los grandes enemigos de la acción política.



La carga viral de la precariedad¹

Desde hace tiempo creemos que es imprescindible una “inteligencia” de Estado, o más precisamente una “oreja” de Estado, que pueda escuchar más acá de los *rumores* sociales, para sumergirse en la dimensión de los *susurros*. Porque es ahí donde irrumpe a la percepción política lo que nombramos como lo social implosionado. En momentos de pandemia y drama social, esa inteligencia y esa escucha se vuelven aún más necesarias.

A diferencia de los *rumores*, los *susurros* permiten tomar de manera constante el pulso de lo social en

1 Este breve artículo formó parte del libro *La vida en suspenso. 16 hipótesis sobre la argentina irreconocible que viene* (Siglo XXI/Crisis, 2020). Son visibles entonces las marcas de la coyuntura apestada y la interpelación al poder político, en un sentido amplio: desde el gobierno hasta las dirigencias de movimientos sociales, alertando por la lejanía entre las agendas mediáticas y el pulso vital de las mayorías populares. Apuntes rápidos en medio de aquella excepcionalidad llamada Covid-19, pero que continuaban intentando cartografiar la *normalidad precaria* y su relación con la implosión social. Pensando más en las intensificaciones enloquecedoras de los vectores anímicos y sociales de la precariedad y en lo que sucedía en la economía de interiores estallados que nunca pararon, que en fantasías disruptivas del orden social o en la posibilidad de estallidos sociales suburbanos.

crudo y sin tantas mediaciones y parlas. Si consideramos que los *rumores* requieren cierta carga intencional, alguien detrás que los empuje, les insuffle realidad y los haga correr –“se pudrió todo en”, “mirá que esto no aguanta más, ¿eh?”–, la diferencia sería que los *susurros* expresan las cosas en su estado natural. Mientras los *susurros* son la banda sonora de las fuerzas silvestres, los *rumores* son el ruido que hace lo político ya hecho lenguaje, forma y expectativa.

No nos interesa mitificar ni celebrar algo así como una fuerza que en esencia sería pura o autónoma de las estructuras de poder, pero sí señalar que una gramática demasiado inflamada por expectativas ideológicas y por cierta sobrefabulación militante suele encapsularse, alejarse de lo real, desentonar con los afectos y hábitos más cotidianos, mostrándose incapaz de percibir dinámicas y conflictividades barriales y urbanas. Sobre todo, aquellas que parecen ocurrir siempre en un opaco *más acá* de lo social: ciudad adentro, barrio adentro, casa adentro, familia adentro, cuerpo adentro.

Los *rumores*, si tienen más o menos armadita y atenta una red y un organigrama, llegan siempre a los fierros del Estado: los pueden llevar y traer funcionarios, periodistas, tuiteros, empresarios, sacerdotes, militantes, fuerzas de seguridad, encuestas realizadas por expertos en marketing político, etc. No decimos que la calidad y la intencionalidad de los *rumores* sean homogéneas, más allá del “sujeto” que los crea o los reproduce –es indudable que la ética que puede tener un empresario o el periodista de una corporación

no es equiparable a la de militantes y funcionarias/piolas—. Los *susurros*, en cambio, son más difíciles de interpretar, de traducir a un lenguaje estatal y público, de convertirse en música para los oídos de la Política (y por ende en respuestas, reflejos políticos, medidas, gestos); y no es tan fácil percibirlos porque los ferri-tos habituales que usa cualquier aparato de medición y recolección de datos no llegan a captarlos. Esta gran dificultad que tienen los *susurros* para transformarse en dato político motiva que cada vez que acontece ese pasaje se grite como un gol al ángulo.

El contexto actual de pandemia —con su crisis y alteración de todos los cálculos, con los ánimos caldeados— requiere más que nunca un oído fino para los *murmillos*. Y un esfuerzo extra de *traducción* a escala estatal de todo un complejo mapa: de límites subjetivos y límites objetivos, a partir de necesidades concretas y conflictividades.

“Testeos rápidos” de las fuerzas sociales, para decirlo con la jerga del momento. ¿Sobre qué sociedad cae este gran quilombo? Porque por momentos parecería que el coronavirus puso el contador en cero en muchas cuestiones, o que funcionó de hecho como un disipador de la pesada herencia del macrismo. ¿Qué pasa más allá de los datos fríos (las estadísticas de infectados y muertos) y los datos calientes (una emocionalidad que se escapa de las sensibilidades sociales a investigar)? ¿Y cómo se está procesando la cuarentena por fuera de los sistemas de expectativas, los cálculos de siempre, los regímenes de obvedad y los consensos efímeros (el “minuto a minuto”)?

En el laburo de investigación que venimos desarrollando, encontramos que las cartografías permanentes y en alianza concreta con las fuerzas y los ánimos que circulan en diferentes espacios e instituciones sociales son un posible método para “grabar” *susurros*: cazafantasmas que llevan de aquí para allá esos poco vistosos y sofisticados aparatos para detectar si hay casas embrujadas, como se muestra en las películas de terror (y no quedan dudas de que estamos metidos en una). En esos mapeos permanentes e ininterrumpidos que se dibujan muchas veces a las apuradas (y que se hacen sin financiamiento, entrando por la ventana de alguna institución, bancándose una no grata ni celebrable soledad política, apostando siempre por la *desorientación voluntaria*), hemos logrado cazar algunos susurros, pocos quizá, no lo sabemos, pero que en ciertas ocasiones pueden hacerse más audibles.

Hay una enseñanza que estos mapas siempre incompletos nos dejan como legado: no es posible manejarse con certezas. Las ubicaciones nunca son exactas, los territorios son difusos, complejos y ambiguos: “Qué sé yo la dirección exacta, amigo: seguí todo derecho por allá, en línea recta siempre”. Tampoco es posible hacer un mapa al toque como si fuese el laburo de un movilero que sale quemando gomas a cubrir una noticia de último momento (notamos en estos años que quienes rechazan el trabajo artesanal de hacer cartografía se eyectan desesperados ante cada acontecimiento a recolectar rumores y testimonios para armar rápidas postas políticas). No solemos considerar que cada nuevo evento, por

dramático que sea, por perturbador que sea, por trágico que sea, resetee de cero una sociedad y borre los mapas que se vienen desplegando; al contrario, pensamos que todo lo que *pasa* sucede intensificando lo que *es*, aniquilando fuerzas, aumentando o mutando otras, pero no forzando a empezar de cero. De vuelta: ¿cuál es el vínculo entre precariedad e implosión, entre precariedad y gorrudismo? ¿A qué sociedad llega esta pandemia, qué conflictividades intensifica, qué es posible “esperar” y qué no?

*

Lo *social implosionado* es el registro de cómo en estos años de crisis y ajuste (ajuste económico, pero también ajuste vital) la vida se fue metiendo y detonando en un adentro cada vez más espeso e insondable. Las implosiones sociales –generalmente huérfanas de imágenes políticas y regaladas involuntariamente al gorrudismo ambiente, al securitismo, al realismo sórdido de la derecha y su eficiente gestión cotidiana de la intranquilidad y el terror anímico que la precariedad provoca– son un elemento central de la sociedad ajustada, trasfondo ineludible de la pandemia y el aislamiento social obligatorio. La cuarentena se monta sobre una dinámica social y doméstica que está al palo e implosionada.

Aislamiento o cuarentena no quieren decir detención, ni enfriamiento, al contrario. La “guerra contra el virus” no es una guerra tradicional, de esas que exacerbaban la productividad fabril y encienden los motores y los hornos. Esta es una guerra que

implica ralentizar los planos públicos, laborales, productivos y sociales “del lado de afuera”, pero que mete toda la fuerza y la manija de la vereda hacia adentro: la implosión es hiperproductividad; se aceleran los cuerpos y las cabezas, todo al borde de la quemazón. Creer que en cuarentena se detiene la máquina es suponer una imagen de lo social preimplosionada. El aislamiento intensificó fuerzas que en una sociedad ajustada ya venían cargadas.

Un rasgo central de la vida ajustada es el cansancio. Mayorías agotadas por la intensificación de la movilización y la belicosidad del entramado cotidiano; por la picantez de los barrios; por el aumento de las gestiones diarias y los desbordes que detonan cuerpos y rejuntas; por sostener una familia, anímica y materialmente, sin dejar ningún elemento librado al azar; por administrar entradas de dinero de varios lados: trabajo, changas, subsidios, préstamos; por la necesidad de mantener un umbral de consumo empobrecido y de “emergencia”. Cansancio e hipermovilización que la reclusión intensifica por la falta de dinero; y porque todo se vuelve aún más áspero: el rejunte forzado, el amontonamiento en casas y barrios, el terror anímico que se multiplica al enfrentarse ahora también a un terror biológico, a la amenaza del virus propiamente dicho, a la posibilidad cercana de caer en un hospital desbordado.

Sabemos que la precariedad, cuando es totalitaria (es decir, cuando está en la base de todo lo que se arma para vivir: relaciones, redes, trabajos, consumo, deuda, vivienda; cuando toma y actúa sobre la totalidad de la vida; cuando no es posible pararse

sobre otra superficie que estructure, y lo que queda entonces es la contingencia del día a día), produce de manera incesante *cortes*: sobre el fondo horizontal de precariedad se establecen jerarquías, verticalidades a veces feroces –y a veces letales– que hacen aún más desigual y fragmentado un barrio. La precariedad totalitaria es territorio siempre vivo, lo totalitario no paraliza ni cierra, al contrario, hace que todo lo que sucede en sus zonas –segmentos, pliegues y cortes– sea difícil de asir y politizar.

*

Una obviedad a esta altura: las catástrofes o los grandes eventos dramáticos que suceden a lo largo de la historia nunca son democráticos. Las condiciones materiales de las existencias en la precariedad hacen que la pandemia se viva muy desigualmente. Así como las catástrofes tienen sus anillos, que en este caso establecen mayor o menor carga viral, en relación con la precariedad se puede pensar algo similar: a mayor exposición a la precariedad, es decir, a mayor subordinación en las jerarquías que se inauguren, mayor exposición al terror anímico que del fondo emana.

El terror biológico es más potente, entonces, cuando se intensifica en los demás terrores: el anímico, el financiero. Hay cuerpos y vidas más o menos preparadas para las dosis de terror a recibir, porque siempre la doctrina del shock es selectiva. Imposible no conectar la noción de “población de riesgo” con la de precariedad, ni tampoco con la

pesada herencia que dejó el macrismo: endeudamiento, gorrudismo, mayor informalidad y flexibilidad laboral.

Ajustados, apestados y en lacerante cercanía con la “carga viral” de la precariedad totalitaria, los efectos serán más dramáticos: vidas mal escapadas del confinamiento. Allí irrumpen las letales violencias del interior: femicidios, quilombos intrafamiliares, bajos sin red, despidos, falta de dinero y sobreendeudamiento, que intensificarán aún más la cabeza quemada por la vida mula en recesión y con desocupación. También preocupa la profundidad de las heridas que durante el macrismo se inscribieron en las “vidas infames”, esas que solo destellan para su feroz criminalización en las pantallas de la sociedad gorruda. Dolor y angustia que se siente más en las cárceles y quintas (centros de rehabilitación), donde la pérdida de contacto con el exterior actúa como un fuerte *boomerang* que en su vuelta arroja al fondo de una interioridad intranquila y manija.

En estos días se volvieron a activar los fantasmas recurrentes sobre un estallido social. Son fantasías, en tanto se ahorran la necesidad de contar con un mapa complejo, ambiguo y profundo sobre los interiores estallados: ¿qué pasa y cómo se vive en ese lado de acá de lo social, ese reverso íntimo y lejano de la sociedad? Las mitologías habituales sobre el caos suburbano –con independencia de que se pueda o no “pudrir todo” por esta extensa y por supuesto bancable cuarentena, o de que puedan acontecer feos desbordes– le regalan a la derechización afectiva el saber sobre ese *adentro infinito* que pu-

dre cada segmento de la vida social, barrial, corporal, psíquica; un *acá* insondable para los lenguajes políticos, militantes y estatales más frecuentes.

Los distintos modos de conflicto son más o menos intensos y más o menos mortíferos según cuán insertos estén en las redes económicas, sociales, simbólicas, anímicas. Sobre estas guerras privadas funciona la implosión social. Por eso es muy difícil pensar campos de batalla comunes, grandes confrontaciones que cierran “por arriba”. Lo otro de la implosión social no sería un estallido o, dicho al revés, el estallido no sería la coronación de las implosiones, su toma de conciencia o de estado público. No solo porque no hay un vector que unifique todas esas guerras, sino porque además hay constantes implosiones a cielo abierto. Las guerras privadas, que no son privatizadas en el sentido ideológico del término, sino que recaen sobre un cuerpo, una casa, una vida, un rejunte, apuntan y se juegan en otros terrenos, distintos de aquellos que muchas veces desean los que, con buena o mala intención política, miden toda crisis según su capacidad de devenir estallido.

Pensar estrategias colectivas y políticas públicas en la implosión es un desafío complejo porque implica moverse y lidiar con fuerzas ambiguas, amoraes, caóticas y porque, lejos de las imágenes del conflicto social guetificado a un barrio o a una institución específica, o sujeto a los repertorios reconocibles, lo social implosionado obliga a estar de manera constante entrenando el oído y ensayando formas y formitas –no tan perdurables quizá– de intervención pública y agite político.



Eso que suena es la sociedad implosionando¹

Despacito y casi sin gastar saliva las vidas populares fueron empujadas, día a día, unos pasitos más a una bocota abierta y hambrienta de una derecha para nada exquisita. Un camionero que manda a sus hijas al colegio privado para sacarlas de la junta del barrio y al mismo tiempo abrió un comedor barrio adentro para dar una mano (o pagar un peaje moral por “privilegiado”). Un remisero (que también es chofer de Uber y Didi) y está tan regalado en la noche como un colectivero y como la pasajera y los pasajeros que esperan en la parada bien temprano a la mañana o cuando casi se termina el día. Una enfermera, madre luchona que tiene la tarjeta naranja reventada. Un pibe al que le robaron la bici con la que laburaba para Pedidos Ya y se puso a vender pan con la madre. Un pibe re maldito que le robó la bici a uno que laburaba en Pedidos Ya y que además de robar hace changas en la obra con los tíos. Podríamos continuar la fenomenología barrial hasta mañana y no alteraría una verdad social: vidas labu-

1 Una versión de este artículo fue publicada en la revista digital *Anfibia* en mayo de 2023. Intenta vincular las hipótesis sobre la implosión social con aspectos particulares de la coyuntura argentina y el clima social de esos meses.

rantes empobrecidas; formales y pobres, informales y pobres. Ambas, incluso, con ingresos similares, pero con cabezas y sensibilidades muy diferentes.

Una figura tan dramática como novedosa: el pobre-trabajador, que repercute de manera profunda en el alma popular. Una categoría a la que se apeló, con suerte, solo en el plano discursivo. Nunca se le habló al laburante tocándole el corazón y también el órgano salarial. Muchas guerras intrapopulares que recrudecen violentas y tienen una cobertura mediática abrumadora responden también a esta orfandad. En un contexto de inflación creciente ya no explica ni distingue nada el eslogan de “enfrentamientos de pobres contra pobres”, más bien habría que pensar en las cientos de disputas, luchas y nuevas jerarquías que proliferan de manera constante e incontrolable al interior de mayorías populares cuyas formas de vidas se desconocen. Vidas laburantes empobrecidas arriba de una cinta transportadora que las desliza hacia la derecha. Hace al menos diez años la cinta empezó a deslizarse lenta y de manera casi imperceptible. En los últimos años, en los últimos meses, en las últimas semanas, parece correr a una velocidad inusitada.

De los dramas constantes de la precariedad (inseguridad, violencias difusas, tragedias económicas familiares, trastornos de salud mental y enfermedades crónicas en cuerpos cada vez más ajustados y endeudados, consumos problemáticos de nuevas y malas drogas, intentos de suicidios, etc.) quedan solo representaciones fantasmales atrapadas en el

régimen de obiedad, imágenes espeluznantes para el hashtag o el móvil impactante del día. Lo que cae ahí, en esa superficie fría, es bastante difícil de recuperar. Sobre todo por la velocidad que adquiere una sociedad permanentemente implosionando. Una sociedad hipermovilizada y precarizada; para nada aquietada o resignada o “derechizada” en términos ideológicos. Más bien cansada e intranquila; acaso maneras contemporáneas y argentinas de estar en movimiento.

La movilización de las mayorías cansadas no da lugar tampoco a profecías o diagnósticos apurados. No se sabe qué va a pasar, pero sí se sabe, si se lo quiere investigar, qué está pasando con lo social en medio de una reconfiguración profunda de las condiciones concretas en que viven, se relacionan con el dinero, con las expectativas vitales y con sus pares las mayorías populares. Hay afectos oscuros derramados por el ajuste que se aprieta cada día más, y hay una investigación de lo social implosionado que deviene urgente, por afectos que ni siquiera pueden ser fácilmente nominados.

No se trata de un escenario binario o de establecer silogismos (si implosiona no estalla o viceversa). Implosiona y puede estallar. Estalla, siempre, sobre lo social implosionado. Y un estallido seguro cargará con su gemelo siniestro: la dimensión de la implosión, seguramente más oscura, ambigua, que la que deja ver una escena de estallido (que, además, ya viene con un catálogo de imágenes más reconocibles, que suelen acomodarse en los sistemas

de expectativas y lecturas políticas –por derecha o por izquierda–).

Un “no me jodan más” (¿reverso implosionado del “que se vayan todos”?) puede llegar a ser, quizás, la expresión más cercana a cierto código Político que anda enloquecido buscando algoritmos. Un enunciado que no es una frase más (de aquellas extraíbles de un *focus group* de asistentes desgana-dos) que alimenta la antipolítica; por más que se su-ponga cercana a los difusos malestares sociales, la antipolítica no deja de ser también código Político.

No es eslogan el “no me jodan más” porque en-carna, porque se pierde en lo profundo de la vida cotidiana con trasfondo precario: que no me jodan más es grito furioso entre cuatro paredes o arriba de un bondi o en una esquina o dentro de una fa-milia o una institución o cuando cae algún vector desconocido, pero irritante, que hace más denso lo que ya pesa demasiado. “No me jodan más”; que se vayan todos... los vectores que molestan, pinchan y no traen alivio ni un poco de calma a las mayorías populares ajustadas. Enunciado difuso, ambiguo, amoral, belicoso y transversal. Es quizás un resoplo de la sociedad cansada.

Hay poca Política que escuche lo que pasa en el mundo real (cuando salen de la burbuja en la que se quedaron manteniendo la distancia social obli-gatoria desde el 2020 o en el plenario a cielo abier-to que ya cumplió más de dos años). Hay un poco más de antipolítica intentando traducir en términos electorales esos gritos y susurros. Pero no hay que

confundirse. En la vida cotidiana (el calendario de la precariedad es así: cada día tiene la extensión y la intensidad de quince o veinte de los días ordenados, los días dorados de estabilidad económica y progreso social) no hay Política ni Anti-Política (si la Anti-Política se impone es por anti-algo nomás...), no hay militancia ni palacio, no hay horas y horas de programas de debate político, no hay entrevistas a jetones y jetonas en YouTube, no hay lecturas finas y sesudas de lo que puede pasar o de lo que va a pasar. Lo social implosionando se devora la Política porque previamente la Política se miniaturizó al tamaño de una jeringa. Un pinchacito que ya ni se siente.

El “que se vayan todos” hacía temer a políticos reconocidos que no podían caminar por la calle. Un “no me jodan más” ni siquiera sabe quiénes son. Las elecciones loreadas desde hace casi tres años son para esas mayorías populares un día más en ese calendario cansando, ajustado, inflacionado. Al día siguiente leeremos y veremos miles de editoriales llamando derechizados, ignorantes, desideologizados: una taxonomía que ya está lista; etiquetas, categorías y análisis tranquilizadores realizados por quienes no se preocuparon por investigar las formas de vida de millones y millones de laburantes que se la rebuscan como pueden para llegar a cumplir otras 24 horas.

Si la amenaza de un estallido social es siempre un posible de cualquier gobernabilidad contemporánea, la de la implosión social ya está ocurriendo y se efectúa carcomiendo en el presente vidas,

“entramados sociales e institucionales” e incluso localidades enteras. Para enfrentar y lidiar con las implosiones sociales no alcanzan ni van a alcanzar movimientos sociales y organizaciones o dispositivos que “contienen” los desbordes. Las implosiones silenciosas, con temporalidades y espacialidades propias, reconfiguran (o se le suman a) los repertorios más tradicionales de la conflictividad social.

Cartografía en dos instituciones implosionadas

Si las instituciones son siempre el lugar del límite, la forma de un límite posible, en la precariedad ese límite lo encarnan (y lo marcan; aun cuando no pueden instituirlo fuera de sí) los cuerpos que las habitan. Una institución se extiende y opera hasta donde alcancen las elongadas extremidades de los cuerpos que los sostienen. Este plano de lo institucional suele expresarse únicamente desde un naturalizado (sumergido en la profunda cotidianidad) sistema de quejas e indignaciones, o bien pasado por alto. Si no existen las instituciones que deseo que existan, las realmente existentes no son material de mi investigación. Por otra parte, un discurso institucionalista y abstracto (un punto de vista funcionario) piensa que en cualquier territorio *todo* es institución. Todo es institución, pero no por una potencia social organizada, codificada; lo es en el sentido de que lo social implosionando devora lo institucional, tanto sus formas reconocibles como aquellas inéditas y embrionarias, y obliga a las instituciones a repensarse. Lo social implosionado es el contenido de cualquier institución (no existe institución que no esté implosionando; existen diferentes umbrales y niveles de implosión) porque también es su desconocido continente. A continuación, una serie de reflexiones sobre la escuela y una breve cartografía sobre un dispositivo local

de abordaje de consumos problemáticos. Más acá de las funciones que oficialmente se les asignan a estos espacios, sabemos que expresan con dramáticos relieves lo que sucede dentro de las instituciones implosionadas y de los cuerpos que las sostienen.

1. Escuelas

Argentina es una sociedad escolar y eso no es ninguna novedad. Uno de sus nervios fundantes está en las aulas. Tampoco es una novedad que escuela y sociedad funcionan, en la precariedad, como un matrimonio que se separó hace años pero sigue malviviendo bajo el mismo techo más por conveniencia que por afecto mutuo. Que el tándem escuela-sociedad está siempre en tensión, y que a veces no puede ocultar la fractura expuesta, lo demuestra el poder que tiene la escuela para organizar una agenda pública y mediática (desde los debates por “la vuelta a clases” durante el confinamiento por el Covid-19 hasta el lugar que ocupa en editoriales, programas políticos, zócalos televisivos en época de campañas electorales) y para irritar los ánimos de las mayorías populares cuando el enunciado “mañana no hay clases” es capaz de intensificar guerritas barriales, vecinales y familiares a pequeña escala y por momentos insondables en sus efectos (“¿pero entonces dónde lo dejo?”, “¿decime vos qué hago, eh?”).

*

Una sociedad escolar entonces ya no sostenida y articulada en el sólido diagrama de las instituciones del Estado nación moderno sino funcionando sobre un suelo y un fondo de *precariedad totalitaria*. En tiempos de crisis económica y de implosión social la escuela continúa estando en el centro de los rejuntes barriales. Que las cosas funcionen en la precariedad, que se pueda hablar, sin que suene paradójal, de una *normalidad precaria* implica que lo que funciona lo hace requiriendo de una excesiva energía corporal, psíquica y anímica. Un cuerpo docente en una institución implosionada lidia cotidianamente con fuerzas sociales más o menos feroces e imprevisibles que van desde ecos de implosiones familiares en territorios domésticos que la escuela conoce, hasta bajones anímicos de adolescentes y violencias difusas que recorren los nuevos barrios. A las escuelas, como a los centros de salud o como a cualquier otra institución barrial, llegan vapores y humores de lo social implosionando y los efectos concretos y dramáticos de la sociedad que se ajusta. A las escuelas llegan también, y en exclusiva, las expectativas de cada época al cuadrado: exigencias de futuro laboral, pulsiones de ascenso social, etc. Escuelas que son, a la vez, reservorios de imaginarios sociales pasados y de imaginarios sociales difusos sobre el porvenir.

Por eso, a pesar de las fricciones permanentes, y también por la memoria de las crisis económicas recurrentes, hay un músculo escolar histórico que sigue mostrando buenos reflejos para expandirse

e intervenir en la sociedad, como se ve cuando la escuela es también comedor o lugar de atención y escucha de secuencias picantes. O como sucedió durante la pandemia, entregando alimentos, cuadernillos, tratando de conectarse de la forma que sea, desde mensajes de WhatsApp con alumnos y alumnas que tenían un umbral mínimo de conectividad, compartiendo los datos del celular de algún familiar con sus hermanos y hermanas, hasta caminatas y recorridos puerta a puerta, o esquina a esquina buscando alumnos y alumnas que no se podían localizar porque no tenían conexión. También durante la pandemia, y por los mismos motivos, con el cierre prolongado de los establecimientos, se escuchaba la queja de madres que repetían una y otra vez que si no estaban en la escuela sus hijos se la pasaban molestando en la casa o bardeando en la calle. En contextos de excepcionalidad o de normalidad precaria (de excepcionalidad institucionalizada) siempre parece reforzarse e intensificarse el trabajo en los contornos de lo que Rol manda.

*

Si la implosión es intensificación, saturación, densificación de lo social y no su debilitamiento, su laxitud, su fluidificación, no implica por esto el desfondamiento de roles sino su recarga enloquecida: su funcionamiento hasta la exasperación y la quemazón. El rol no se desfonda, se *funde*, se derrite con el cuerpito que ocasionalmente lo habita. Más que desfondamiento, hiperescolaridad de un rol que se

sobreexige, de manera caprichosa, hasta sulfurarlo (más aún en contextos de crisis, en los que la sociedad se aprieta sobre los cuerpos, y más aún en condiciones salariales, edilicias, presupuestarias de deterioro, etc.).¹ A los roles se los conoce mejor des-

1 Textos como *Pensar sin Estado* de Ignacio Lewkowicz reflexionando de manera lúcida y con sagacidad sobre el desfundamiento de las instituciones del diagrama estatal, investigaciones como *Chicos en banda* de Silvia Duschatzky y Cristina Corea sobre lo que sucede con la subjetividad juvenil en medio del declive, han pensado en profundidad la transformación de la estallada sociedad argentina en el cambio de siglo. Nuestras investigaciones desde el Colectivo Juguetes Perdidos, a lo largo de una década y media, tuvieron como marca de inicio (como gesto fundante) la experiencia vital y generacional en una precariedad que se nos presenta como terreno de juego inexorable (la precariedad lacerante y fatal, la precariedad en la que se inventan modos de vida y rejuntas, etc.).

Tanto nuestra experiencia generacional concreta como las mutaciones profundas de la sociedad argentina a nivel político, cultural, subjetivo, etc., post crisis del 2001 hicieron que nos movamos por planos conceptuales diferentes a aquellos desde los que se puede percibir tanto la noción de desfundamiento como las de reposición, restitución o reconstrucción del Estado y sus instituciones. Implosión, precariedad totalitaria, y todo el corpus investigativo que desfila de manera fragmentaria a lo largo de este libro intentan dar cuenta de ese profundo *umbral*. Las nociones que proponemos no desmienten ni reemplazan aquellas, sino que se ocupan de otro escenario, que es el que venimos cartografiando desde hace más de diez años, y que se ve reflejado en publicaciones/investigaciones como *¿Quién lleva la gorra?*, *La gorra coronada* y *La sociedad ajustada*.

de adentro; desde los efectos de cansancio y quemazón del cuerpo enrolado. Cuando hay docentes que se repliegan y “se meten corriendo en la sala de profesores” o “se quedan en el aula” (sea como defensa o como gesto de desafección y desinterés ante el entorno agobiante), cuando directivos, secretarios, etc., no están en la institución o la tratan de transitar en “modo avión”, pareciera que “todo se viene abajo” y cae, irremediablemente, sobre el cuerpo-docente que se ensancha y cubre recovecos y faltas. La normalidad precaria es incertidumbre cotidiana en la que “nunca se sabe con qué te vas a encontrar”, pero en donde sí se sabe bien sobre quiénes va a caer la pesadez de lo imprevisible.

Hay una doble condición de las instituciones. De las escolares, de las de salud mental, de las laborales, etc.; cada vez se parecen más y se habla un lenguaje similar. Intentan operar como *conjuras* de la precariedad (como puede ser el salario, los reajustes familiares, el engorramiento) para lograr efectos de distancia; y a su vez, y sin poder evitarlo, las instituciones contemporáneas no existen por fuera de lo social implosionado. Se organizan y funcionan cotidianamente desde esta realidad de lo social. Claro que no todas las instituciones tienen el mismo grado o umbral de implosión social, pero ninguna escapa de ella.

*

Los límites de una institución escolar, hasta dónde llega una escuela, es siempre hasta donde se

puede extender el cuerpo que la sostiene. Los límites no se perciben, pero operan sobre los cuerpos cansándolos. Esto lo saben quiénes salen rajando, casi trepando los muros. El ausentismo docente y de profesionales de diferentes ámbitos no para de aumentar. Un éxodo global en la normalidad poscovid que tiene su dramática singularidad en una sociedad ajustada y precarizada como la argentina. Pero también lo saben quienes permanecen en los edificios. Pareciera que se ensancha un momento que siempre se pensó como un simple pasaje *entre* el cansancio y el agotamiento. ¿Qué sucede cuando el cansancio no deviene nunca agotamiento? Se sabe entonces que no existen inercias corporalmente gratuitas. No hay automatismos que funcionen solos y en los que se pueda descansar. Empecinarse en hacer lo mismo, en la normalidad precaria, demanda una gran cantidad de energía corporal. Las rutinas son desborde puro y no hay piloto automático al que se pueda recurrir.

*

Sostener los roles en la implosión no implica solo hacerse de un cuerpo dócil y obediente como en el diagrama disciplinario; es necesario un cuerpo que funcione en los bordes del agotamiento. Si las instituciones siempre son una manera del límite –un *hasta acá* que delimita fronteras claras– las instituciones implosionadas encarnan ese límite en las fuerzas vitales de un cuerpo que “hace institución” hasta quedarse sin batería. Los malestares, los

padecimientos de la quemazón, el desgano que tiene que seguir yendo todos los días a la institución, etc., son el *boomerang* que regresa, el latigazo que retorna violento al cuerpo cuando se suelta ese ensanchamiento sobrehumano. Sabemos que todo lo que no puede ser desplazamiento y expansión regresa como bajón o frustración.

Si la escuela se estira hasta donde los sentidos del cuerpo docente alcance, es también porque la escuela carga con las responsabilidades *ilimitadas* (ese afuera caótico que asoma devorando todo) que la sociedad precaria le asigna (Estado, familia, barrio, etc.). La escuela forma parte entonces de una cadena de presiones y exigencias sociales que se tensa tensando los nervios; la escuela interviene entonces, como una institución central, en la *cadena de implosiones sociales*. Desde esta pertenencia se explica lo que sucede cuando cierran las puertas del edificio y se intensifica lo social implosionando en sus alrededores. Hay que pensar siempre la precariedad desde un *continuum*: instituciones implosionadas, familias implosionadas, trabajos implosionados, barrios implosionados, salitas barriales implosionadas, etc. Si a la precariedad se la piensa desde los continuos vitales, si se piensa en serie a lo social implosionado, la precariedad no aparece como falta, déficit, o sectorizada en demandas puntuales a resolver y gestionar, olvidándose de lo demás. Hay una transversalidad de la implosión que sucede en la precariedad que, paradójicamente, atenta contra la transversalidad de las luchas y los reclamos de quienes habitan esas instituciones implosionadas: docentes, traba-

jadoras sociales y de la salud, integrantes de cooperativas y espacios comunitarios, etc., se ven en el desafío de ensamblar sus disputas comprendiendo el terreno de juego de lo social implosionado. No percibir los continuos, las réplicas, los vueltos de los cientos de frentes de batalla cotidianos a nivel barrial, las implosiones encadenadas, es no percibir (y, por ende, no intervenir) ese “nuevo conflicto social” que es la implosión.

Pero también la institución escolar parece reaccionar rápidamente al falso estigma de “docentes que no hacen nada y trabajan pocas horas”. Responde productivizando la acusación y transformándola, luego de meterla puertas adentro del edificio, en un vector más de recarga de tareas y refuerzo del rol y sus funciones. El reverso más o menos oculto de ese *hashtag* que se viraliza denunciando la inutilidad docente, es una jornada escolar que se prolonga de manera indefinida: en “las horas extras” de trabajo adentro y afuera del edificio (de directivos en su despacho, de docentes en las aulas o los pasillos, de trabajadoras sociales, etc.), en el derrame de lo escolar por todo el barrio, en las esferas domésticas. Y a ese trabajo extra hay que agregarle que en la mayoría de las situaciones es un trabajo que se realiza dentro de los contornos del Rol y la función institucional, girando en falso y extenuando al cuerpo que no sale de esas constricciones. Del desfondamiento a la implosión y del desfondamiento a un *trasfondo* precario en el que se pueden investigar las ondas expansivas de las implosiones permanentes. Se sobrecarga, se intensifica el trabajo de roles implosionados en do-

centes, directivos, enfermeros. Cuerpos en la primera línea y sin retaguardia, sobreexpuestos a la precariedad, quemados por lidiar con las vidas heridas de esa precariedad, las mismas vidas que, cada día, pueden resultar también sus enemigos dentro o en la puerta de la institución.

*

La quemazón del Rol en la precariedad no es únicamente (esto quizás es una parte minoritaria) la de la prescripción de tareas legales, el relleno de planillas, planificaciones, programas, libros de acta, etc.; no es el rol presionado u obligado desde un estatuto (no se trata acá del peso de ese lenguaje jurídico omnipresente en la cotidianidad escolar). Los roles en las instituciones implosionadas, lo que deja exhaustos los cuerpos (con pedidos de licencias o con ausencias sin aviso) es la gestión cotidiana de quilombos propios de ese inagotable fondo precario, que no están solo en puntos geográficos localizables: el fondo precario en donde acontecen las implosiones sociales se asoma en las familias, en las aulas, en las situaciones de violencia de todo tipo, en los malestares anímicos, etc. Es todo ese trasfondo que es el de la vida escolar y para el cual no preparó ningún profesorado. Una rutina que inevitablemente te sumerge en situaciones que tienen que abordarse sin protocolo y con el sostén de los roles que parecen encallados en terrenos precarios, pero que aun así se siguen acelerando y profundizando la quemazón. No hay

lugar acá para enunciados morales y eso ni la institución escolar ni la sociedad que la empuja quiere reconocerlo. Se trata, en cambio, de cartografiar las fuerzas de la implosión.

*

Por todo esto, pensamos que el cansancio en la precariedad es de otro signo que el cansancio de los cuerpos dóciles de la sociedad disciplinaria. Es el cansancio de sostener rejuntas (siempre, por definición, frágiles y provisionales); más que obedecer causa evitar que las fuerzas de la precariedad te lleven puesto, intentar amarres para lo que se efectuó, conjuras para que la peor amenaza no se efectúe, etc., un cansancio de no poder retirar el cuerpo sin que se caiga un día escolar, una rutina barrial, etc. Un cansancio que es fatiga de la incertidumbre y certeza de a qué cuerpos les va tocar moverse en ese terreno de juego siempre inédito. Un cansancio de la precariedad que es efecto de la impotencia: de un hacer fuerza constante para evitar que la cotidianidad te devore. Es el cansancio, quizá, de la precariedad y de una *sociedad del rendimiento* “a la argentina”: con una hiper-productividad, una aceleración constante sin acumulación ni beneficios económicos. Un rendimiento con inflación y sobreendeudamiento que te deja siempre en el mismo punto de partida. Una productividad que requiere de un esfuerzo anímico y psíquico total y que parece no dejar otro premio que la fatiga extrema.

2. Salud / Consumos problemáticos

A lo largo de estos años nos cruzamos, infinidad de veces, con la pregunta urgente que ata consumo problemático a juventud: por cómo se baja y dónde se baja, por el menú ajustado de drogas y escabios que proliferan en los nuevos barrios, por la relación entre el consumo de “giladas” y el plano anímico, por lo que sucede con las vidas pibes *malviajadas*, por la relación (visibilizada solo desde diagramas de poder lejanos) entre drogas y violencia barrial, etc. Pero cuando se conversa sobre estos *tags* se mantiene silenciada una pregunta fundante: aquella por el *límite* que insiste y retorna, cada vez con más fuerza, en una cotidianidad lacerante y dramática. En estos años asistimos a la mutación, vía ajuste económico y vital, de los desplazamientos, las experimentaciones, los roces con “los muros” (los de concreto y los invisibles) que realizan pibes y pibas. Si antes ciertas intensidades les permitían *rajar* y agenciarse de otra manera a la ciudad, a la época, en un contexto como el actual esas intensidades se tornan cada vez más opacas. Ahí están las vidas-pibes que llegan “de última” a las salitas, los aumentos de suicidios, casos de sobredosis, patologías mentales *jevis*.

Cuando la economía se ajusta, la sociedad se contrae de golpe y en bloque. Un movimiento tan silencioso como brutal en sus consecuencias. En lengua futbolera: “tira el achique” dejando expuestas vidas que quedan letalmente regaladas a la ocasión desolada de turno (desde un bajón anímico

que queda privado de redes hasta una situación de violencia en plena madrugada). En esas zonas “vaciadas”, en donde las fronteras entre adentro y afuera del hogar, entre adentro y afuera de una sede de un programa, se vuelven difusas y no se ve con claridad el borde de ninguna institución, ahí en medio de la pregunta por qué limita, es donde hay que investigar también las fuerzas sociales de la *implosión*.

☆

En cualquier historia rápida sobre las drogas, se puede observar que si calcás el devenir del consumo sobre un mapita de las intensidades, quienes terminan más dañados (podes dibujar anillos concéntricos, umbrales y niveles en el mapa, apuntar qué pasa con la familia, la pareja, el laburo, las amistades, el dinero, los sueños rotos, el recuerdo de la infancia, etc.) son los y las que no tuvieron la posibilidad de que una fuerza *saludable* (una intensidad de otro signo) les desprograme el vicio y los desvíe de intensidades mortuorias. Salir mientras sos *sacado*; arrancado de la mala junta que te hace girar enloquecido alrededor de una roca negra inmensa y poderosa que ni te acordás cuándo cayó en ese descampado sin alambrados, pero del que no podés salir.

El mapa y el territorio

La cartografía se empieza a armar a partir de lo que va saliendo del recorrido por las sedes del Programa,² de lo que nos cuentan las y los integrantes del equipo: ¿Hasta dónde se estira la Sede en el barrio en el que se encuentra? ¿De qué modo el barrio se mete dentro de las instituciones? ¿Qué tipo de alianzas se pueden conquistar? Estas preguntas siempre se relacionan, de manera tácita, con dos de las proposiciones fundantes de nuestra investigación: *Los nuevos barrios no cuelgan pasacalles de bienvenida para nadie y no existe un solo barrio.*

Desde los primeros mapeos en cada sede aparecen las redes comunitarias con quienes articulan o no desde el dispositivo: un jardín que está ahí en la esquina, un centro de salud, un comedor, un Envión (programa juvenil), una iglesia que también tiene escuela de oficios. El barrio de monoblocks que está a unas cuadras y, aunque ya pertenece

2 Durante un año trabajamos en un dispositivo local que depende de Sedronar y tiene como propósito manifiesto el acompañamiento a quienes se encuentran tomados por consumos problemáticos y a su entorno familiar. La tarea se vio interrumpida: “lo lamento, pero el registro es un lujo en este momento”. Así, con verso incluido, finalizaba nuestro contrato con la Secretaría de Desarrollo Social de Almirante Brown. Terminan desparramados por acá los fragmentos de un registro inconcluso, cartografías que no pudieron continuarse, percepciones que no terminaron de inquietarse y algunas reflexiones, hipótesis y herramientas conceptuales que intentamos poner en juego a lo largo de esa experiencia.

a otra localidad, sigue siendo parte del barrio. La iglesia que está cerca y en la que funciona un AA (Alcohólicos Anónimos). La escuela secundaria con una primaria para adultos con la cual se puede articular. La avenida que es arteria comercial de la zona; el territorio de frontera, los comercios legales de día e ilegales cuando el sol se empieza a esconder, pero siempre el tráfico continuo de cosas y cuerpos. Todo se mueve. Un barrio pueden ser dos cuadras y dos cuadras pueden alojar muchos barrios en uno.

Un segundo momento es intentar mapear las *intensidades barriales* (hicimos una traducción un poco mentirosa: movidas que circulan por el barrio, lo que está pasando, etc.) para poder cruzarlos con los mapas privados que trae cada participante del dispositivo y preguntarse qué otros berretines los mueven más acá del berretín del consumo (en las reuniones con los funcionarios se discute cómo llamarlos: ¿participantes?, ¿consumidores?, ¿usuarios?).

Una imagen se reiteró a lo largo del año: quienes caen a la sede *ven* un barrio “lleno de puntas”. Un barrio-estrella. Un barrio entonces en el que parece casi inevitable volver a consumir. ¿Se podrá –pregunta-desafío– percibir otros mapas del barrio? ¿Existe un barrio *menor*, donde suceden otras cosas? ¿Se le podrá poner goma espuma a esas puntas filosas que laceran, cada día, cientos de vidas, que las dejan pinchadas en el consumo?

Es una dificultad un barrio con más puntas que un cactus. Un barrio espinoso en el que se complica “vivir sin consumir”. A su vez, pensamos, la

mala junta solo se percibe desde un afuera: cuando saliste apenas, cuando te conquistaste un margen de exterioridad es que podés decir que en cada esquina hay un posible vendedor, que en cada conversación y en cada saludo barrial te esperan ocasiones de consumo. Si percibís esa imagen, al menos un toque saliste.

Un usuario (finalmente, se decide por esta categoría oficial) tira: “No conozco a nadie que no consuma”.

En otra sede del dispositivo tenemos la impresión de que estamos en lo que podríamos llamar un barrio viejo. Un barrio vieja escuela: mate en la vereda, mucho laburante dando vueltas, viejos charlando apoyados a la reja, Sociedad de fomento allá enfrente, un club a la vuelta, etc. Este tipo de barrios suelen presionar, a pura mirada o con algún grito si es necesario, las conductas de sus moradores más jóvenes. En barrios *así* no se puede “hacer cualquiera” a plena luz del día. La impresión abre una ronda que saca a la superficie una diferencia importante para el laburo en las sedes. Nos dicen las chicas de la sede: “Una cosa es el barrio de día y otra cuando oscurece. A las siete, ocho de la noche no queda ni el loro. Se pone picante el barrio”. Cuando se apaga la luz se encienden los vicios.

También dudan, en el equipo técnico, aún no saben bien, el nivel de estigmatización que hay desde el barrio hacia el espacio en el que están, dado que hay una memoria que lo precede. Antes de ser sede del dispositivo, fue salita con un historial anti-pibes muy marcado. Tendrán que exorcizarla. Así

como en otro barrio, una de las sedes deberá exorcizar otra historia pesada: funcionar en lo que fue un punto de venta, hoy “espacio recuperado” allanamiento policial mediante; hay toda una geografía barrial de la precariedad y sus guerras, una historia de lugares, personajes barriales y dinámicas espaciales que van cambiando y que hay que saber ir leyendo para no regalarse o forzar una presencia demasiado extranjera a las dinámicas y procesos locales.

Se generó una base de datos del dispositivo y la carga de datos trajo la pregunta por cómo registrar sin escrachar: visibilizar las situaciones de consumo problemático sin exponer a los usuarios. La preocupación no está solo motorizada por cuestiones éticas. En el día a día en las sedes, la tarea administrativa de carga la realizan mayormente las y los Potenciar. Tienen acceso, manipulan información sensible y confidencial de los usuarios pero sin la protección del Rol ni el hábito y el secreto profesional que obliga a cerrar la boca. Y además la cotidianidad de las sedes adquiere una temporalidad caótica, desbordada que no deja tiempo para el registro. Un verdadero agujero negro para un Estado que requiere información para hacer políticas públicas. Se escucha, como un susurro, una última inquietud: ¿cómo recolectar también datos cualitativos, de historias de vidas, que no se pueden reducir a una planilla de Excel?

*

Hicimos un recorrido de varias semanas por las sedes, asistimos a reuniones y todavía no les presentamos a los protagonistas principales: ¿quiénes son los usuarios y las usuarias que asisten a las sedes? ¿Qué edad tienen?

Quienes participan en el dispositivo, con diferentes grados de compromiso y asistencia, son en su mayoría varones entre los treinta y los cincuenta años. Se intuye, y es una de las variables a continuar registrando, que hay mujeres usuarias que tienen miedo de acercarse a las sedes porque creen que les pueden sacar a sus hijos. Hay mujeres que asisten, pero como representantes del usuario: el hijo adicto, el marido adicto, el hermano adicto.

Pensamos en dos tipos de usuarios o futuros usuarios. Quienes se acercan por propia y averiada voluntad, porque tocaron fondo (lo que perciben como su fondo: tocar fondo nunca es solo un dato objetivo) y quieren activar, porque necesitan mostrar que están haciendo buena letra de cara a la familia (que tienen conducta), porque se enteraron de la existencia de la sede y se mandaron. Un segundo tipo de usuarios podrían denominarse “los empujados”. Vienen con sus padres, su señora, un familiar cualquiera cercano. En muchas de estas situaciones previamente se acerca algún familiar a averiguar y sondear. Acá se juegan las últimas fichas, saben que no hay cabida para un tropezón más. No rescatarse implica perder el vínculo o la estadía en el hogar o el trabajo. No rescatarse es quedar cara a cara con el abismo.

En las sedes se habla continuamente de actividades para hacer con usuarios (aunque los recursos nunca alcancen): un mural, una jornada de pintura comunitaria, un metegol y una bolsa de boxeo, otro mural. Suele haber un rechazo natural, de parte de los usuarios, a la participación en movidas colectivas, en actividades que les proponen. El consumo te deja en modo individual y cuesta cambiar la función. Los adultos quieren hacer la suya y casi ni se asoman a los momentos grupales. Los más pibes se copan y se prenden más.

Verbos de Estado

En *Cartas a un trabajador social*, el pensador francés Fernand Deligny (que fue maestro de escuelas especiales, trabajó en hospitales psiquiátricos y dirigió centros para jóvenes con problemas con la ley) propone rescatar ciertos “infinitivos hundidos, sepultados” por la gramática oficial de las instituciones y por la lengua que se habla en su cotidianidad. Podríamos agregar, por la lógica del informe y el punto de vista del diagnóstico que se propone controlar obsesivamente todos los flujos vitales que recorren las instituciones. Otra mención lúcida a los verbos que propone el autor: “Mantenlos vivos. Si la vida, para ellos, es robar, es molestar, es demoler, simplemente buscale a esos verbos complementos directos o indirectos que hagan insensiblemente derivar su fuerza hacia actos confesables y útiles”.

Por suerte para nosotros que lo leemos, a pesar del tiempo vital que le habrá llevado a Deligny el trabajo en los diferentes lugares, se dio el lujo de registrar y reflexionar sobre las inquietudes que lo iban asaltando en cada momento. Queda un legado escrito, fragmentario y lúcido a nivel teórico, para pensar qué sucede dentro de las instituciones, en sus bordes o fuera de ellos. Hay anti-consejos, hay epístolas, hay aforismos, hay escritos con tono de “diario de campaña” (o corresponsal de guerra). El género de escritura es solo una excusa. Sirve para mostrar los efectos de su encuentro, su choque con pibes, maestros, auxiliares, psiquiatras, trabajadoras sociales, celadores. Traemos a Deligny al conurbano utilizando una palabra que el propio autor propone para pensar la relación con autores y textos: usar a los materiales como *refuerzos* (y no como glosa). En el recorrido que venimos haciendo se asoman las categorías con las que se nombran las vidas populares y también los verbos que expresan un modo de relación y, sobre todo, de acción sobre esas vidas. Afinar el oído y registrar los verbos que se utilizan, con los que se habla y se interviene (con los que los cuerpos que gestionan se empujan a actuar) muestra de manera más concreta que cualquier tipo de representación o discurso grandilocuente el plano sensible en el que acontece el trato con los otros.

“¿De qué verbo sos?”, sería entonces una pregunta interesante para arrojar a la cotidianidad estatal. Hay verbos muy usuales y verbos raros, extraños

a la lengua de la institución. Si las categorías sirven para sujetar (leve o de manera rígida) a las vidas que se mira (a lo que de esas vidas se alcanza a mirar desde la mirilla estatal), los verbos muestran los modos de la sujeción: el tipo de intervención. También las maneras en que los vecinos y las vecinas se relacionan con los espacios estatales. Se escucha el verbo *traer*; madres que traen a usuarios adolescentes, esposas que traen a usuarios adultos; pero muchas veces los traen, vienen y se van. Se escucha, mucho, el verbo *ofrecer* y *sostener*; ¿qué se le puede ofrecer a un usuario para sostener su presencia acá?, ¿cómo funciona la grilla de actividades para los usuarios?, ¿qué recursos concretos existen? No hay una tele, no hay un baño piola, ¿cómo organizar algo en grupo si nunca coinciden dos personas? Proponemos, siempre, el verbo *mapear*; qué es una sede y hasta dónde se extiende para un usuario, cómo la percibe y entonces la siente, cómo es su recorrido vital, qué hace cada día, qué barrio existe además del barrio-cactus del consumo. Proponemos el verbo *tantear*; qué instituciones son más piolas y en cuáles te ladran si te acercás a hablar. Se escucha, mucho, el verbo *caer*; hay diferentes formas de caer a la sede: cuando se quedan sin nafta anímica, cuando pasan de casualidad y entran, cuando van mandados por negociación familiar, para hacer buena letra y rajar, cuando aterrizan, cuando hacen catarsis y se toman el palo. Se escucha fuerte el verbo traer, ofrecer, sostener, caer. Se escucha más tenue el verbo mapear y tantear.

Muertes por implosión

En las sedes se corrió el horario de atención hasta las ocho de la noche. Pensando en esos laburantes que caían de manera aleatoria. Ese dijimos que era el perfil mayoritario: varones laburantes mayores de treinta años y muy pocos jóvenes. Pero esos usuarios no cayeron más. Quedó su recuerdo en el horario de atención extendido.

*

Todavía estábamos trabajando en el Programa cuando en el barrio Puerta 8, en Tres de Febrero, 24 personas murieron y casi un centenar quedaron internadas a causa del consumo de cocaína adulterada. Asistimos a una reunión con funcionarios de varios niveles en Almirante Brown. Parecía que se venían recursos y que había deseos de investigar en profundidad qué estaba sucediendo en la relación consumo y territorios en el conurbano bonaerense. En las reuniones siguientes, ya con el equipo ampliado, se continuaba hablando solo de jóvenes desempleados o a la deriva. En las declaraciones de familiares, parejas, amigos de las víctimas de Puerta 8 se repite que eran laburantes. Nada de tiempo vacío. Volvía la pregunta inquietante sobre la categoría de usuarios laburantes. Vidas populares a todo ritmo: manteniendo trabajos precarios y viajes de mierda, rejuntos familiares, barrios llenos de puntas y un consumo de sustancias que es ambivalente: sirve para *interrumpir* ese enloquecedor y desgastante

continuum vital (irse de gira para cortar) y sirve para *sostenerse* en ese enloquecedor y desgastante *continuum* vital (la droga como combustible para soportar la gira existencial: laboral, social, familiar, etc.). Suele escucharse en boca de familiares: “Era bueno, pero se drogaba”. Es que también se drogaba para poder ser bueno. Es que la bondad no es solo moral y necesita ayuda artificial.

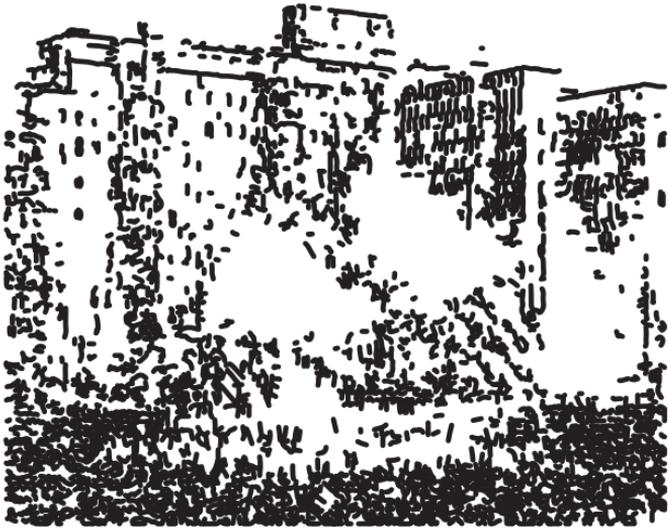
En el caso de Puerta 8, además, eran varios consumidores ocasionales que fueron a “pegar la más barata” porque un ajuste de guerra sobre las mayorías populares también obliga a comprar en los nichos de la tercera o cuarta calidad (no solo se sustituyen primeras marcas en el rubro alimentos y ropa...). Pero mientras se habla de prevención en jóvenes, se los suele representar muy alejados de sus vidas concretas. Se piensa solo imágenes de usuarios ociosos colgados de la única rama del consumo. Se los recorta de los espesos rejentes familiares, de laburos hiper-precarizados, del ritmo frenético que los exige y se lleva puesto todo. Se mencionan imágenes extemporáneas también del acto de consumir, de las drogas que se consumen, del precio que valen.

Pensamos que las muertes de Puerta 8 son muertes por implosión. Que esas vidas son similares a las de quienes visitaban las sedes cotidianamente. Que el estigma de faloperos hace que esas vidas resbalen de cualquier otra categoría (muchachos de barrio que laburaban: “Se drogaba, pero laburaba”).

Después de la coma no se oye más nada). Que ya estaban silenciadas antes de morir. Que son los mismos que se podrían haber comido un tiro o un puntazo en ocasión de robo o verdugueo y tampoco se los escucharía caer. Que esos gritos, susurros o silencios están hablando de la sociedad pospandémica (que metió aún más piel adentro lo social y de ese confinamiento productivo nunca se salió). Que son muertes o violencias producto del ajuste de guerra. Que el ritmo de consumo aumenta o disminuye por la falta de gaita, por la junta, por el estado de ánimo y en nada por la legalidad o ilegalidad de la sustancia. Que las vidas tomadas por consumos problemáticos ya vienen disminuidas por la inflación y desprotegidas por la crisis. Que hay sufrimientos de laburantes, de padres adultos, de madres, de novias, de exnovias, de hijos, de hijas, de quienes están en el primer anillo que rodea al usuario y que padecen, además de la fisura de objetos familiares (que complementan los ingresos laborales que se destinan a consumir) las esquirlas de las implosiones que acontecen puertas adentro. Que no hay tiempo vacío y tedioso. Que lo social está intensificado, picanteado, recargado. Que te quema. Que se te mete esa aceleración adentro y te destruye el cuerpo y la cabeza. Que no se puede parar. Que si no rompés munditos te rompés solo. Que el bajón anímico de la pos gira sigue sin tener retaguardias, que los interiores estallados no pueden alojar esas bombas humanas. Que, en cada anochecer, cuando los laburantes caían a las sedes, se los podía ver implosionando. Que hace falta pensar en profundidad el *inconsciente*

con el que funcionan los programas sociales (hacer socioanálisis de las instituciones) y no solo querer meterse en la cabecita de usuarios y usuarias. Que no se puede pensar siempre como cura o psicóloga. Que no se puede moralizar o psicologizar fuerzas e intensidades que se llevan puesta cualquier imagen de los límites sociales reconocibles. Que a veces se pueden dejar las drogas, pero no las intensidades que te llevan a consumir. Que una política real de reducción de daños es primero política de sustitución de intensidades. Que nadie está a salvo del terror anímico. Que la diferencia está en las redes en las que te resguardás (porque ese terror está distribuido de manera desigual: como la exposición a la precariedad). Que la historia de cada vida es siempre más que su historieta con el consumo. Que ninguna vida se reduce a la dependencia que la tomó. Que no siempre un tropezón es recaída, pero que siempre caída sin red es dañina. Que la pregunta: “¿vos sabés qué introducís en tu cuerpo?” siempre llega tarde para el usuario. Que preguntarse qué tienen adentro los alimentos, las tecnologías, las bolsas de polipropileno, requiere de una pedagogía y un tipo de atención que escasea en las mayorías populares. Que si tanto interesan los rellenos no se clausuren las preguntas por las fuerzas, afectos y ánimos que componen lo social implosionado.







Otros títulos de Tinta Limón

*Contra el mito de la fuerza viril.
Autodefensa en clave feminista*
Alessandra Chiricosta

Rima pa los compas. Rap/conurbano/memoria
Gonzalo Sarrais Alier

Medio siglo contra el trabajo
Franco Berardi Bifo

El imperialismo del dolar
Mauricio Lazzarato

La deuda impagable
Denise Ferreira Da Silva

El ojo ruso
Leonardo Eiff

Memorias de un revolucionario
Víctor Serge

Nunca me fui de casa
Margaret Randall

Guerra o revolución
Mauricio Lazzarato



Textos y discursos radicales

Martin Luther King Jr.

*Brasil autofágico. Aceleración y contención
entre Bolsonaro y Lula*

Daniel Feldman y Fabio Luis Barbosa dos Santos

Ir más allá de la piel

Silvia Federici

*Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la
industria petrolera*

George Caffentzis

La casa como laboratorio.

Finanzas, vivienda y trabajo esencial

Luci Cavallero y Verónica Gago

Brujas. Caza de brujas y mujeres

Silvia Federici

La sociedad ajustada

Colectivo Juguetes Perdidos

Chicos en banda

Silvia Duschatzky, Cristina Corea

La potencia feminista

Verónica Gago

¿Quién lleva la gorra? Violencia, nuevos barrios, pibes silvestres

Colectivo Juguetes Perdidos



Esta edición de 1000 ejemplares de
Implosión se terminó de imprimir en
agosto de 2023 en Latingráfica,
Rocamora 4161, Buenos Aires.